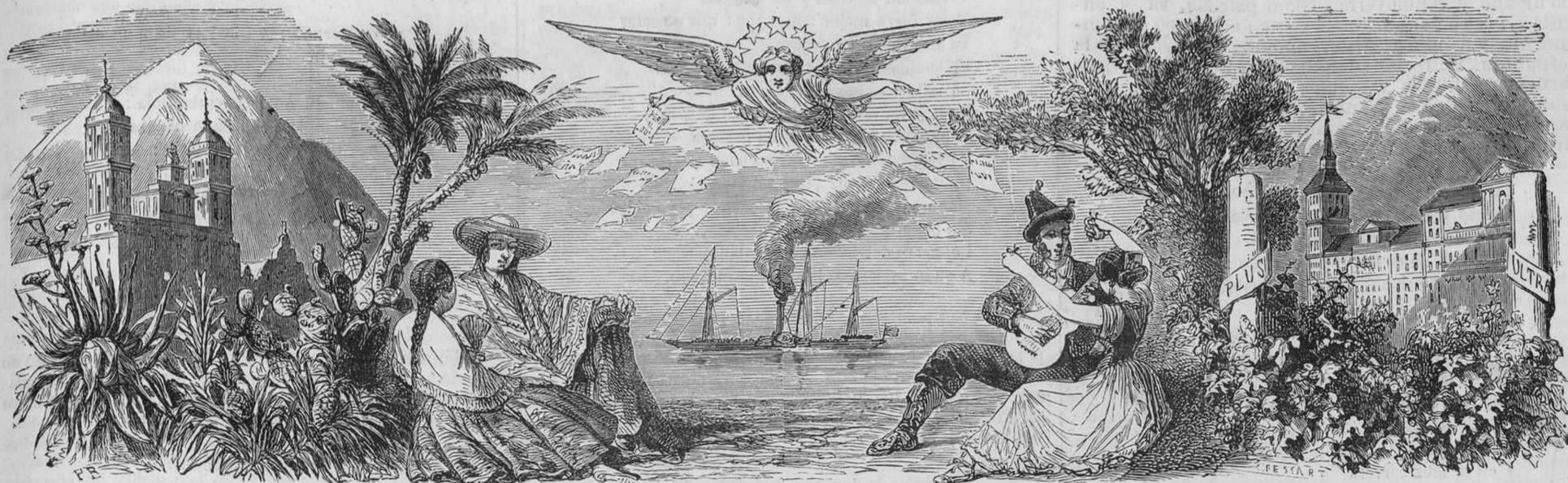


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 13. — N° 95.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Fuerzas militares de la Rusia; grabado. — El Tirteo español.

— Revista de Paris. — La Abisinia; grabados. — Monumentos anteriores al siglo XIII. — Expedición de Crimea; grabados. — Margarita Pusterla. — Los toros del Puerto. — Blanca. — Los fuegos de Holy-Head. — El mes de Octubre; grabado.

diendo ahora 20 *pulks* de cosacos, 10,000 hombres, 3 regimientos de zapadores y pontoneros, 4,500: el total del ejército del Danubio, sin contar las pérdidas de la campaña, se eleva á 161,760 hombres. — El ejército de reserva en Kiew sobre el Dnieper; 48,000 bayonetas, 16,000 sables, 5,200 artilleros; total 69,200 hombres. Por último el ejército de Crimea cuenta 30,000 bayonetas, á las que hay que añadir 6,000 artilleros ó tropas locales, 2,000 cosacos ó ginetes, 20,000 hombres de las tripulaciones de las flotas; total, 58,000 hombres, que probablemente han debido aumentarse con refuerzos dirigidos en los últimos tiempos sobre la Crimea.

Los seis ejércitos reunidos arrojan un total de 571,293 hombres.

Estos cálculos se han hecho, como hemos dicho, según el efectivo oficial; pero sabido es que ese efectivo no puede nunca mantenerse completo, sobre todo en campaña, y para no errar, es conveniente reducir lo ménos una cuarta parte de los totales que acabamos de dar, de modo que el efectivo general de los ejércitos rusos movilizados en Europa, no sería en realidad sino de 421,474 hombres.

Sin embargo, á este número hay que añadir las reservas, que se componen de hombres llamados á las filas después de doce años de servicio y de bisoños, como los soldados auxiliares que se ven representados en nuestro dibujo.

FUERZAS MILITARES

DE LA RUSIA.

Un periódico francés, el *Monitor del ejército*, ha publicado recientemente un artículo muy interesante sobre las fuerzas militares de la Rusia. Según los datos que encontramos en él, las tropas rusas en Europa se dividen en seis grupos que forman seis ejércitos: ejército del Norte (San Petersburgo y costas del golfo de Finlandia); ejército del centro (Polonia y Samogitia); ejército de observación (de Kamienetz á Dubuo); ejército del Danubio; ejército de reserva ó cuerpo de observación, en Kiew; ejército de Crimea.

Para calcular las fuerzas que presentan, tomaremos los números totales de la organización reglamentaria de los ejércitos rusos.

El ejército del Norte cuenta 64,000 bayonetas, 20,018 sables y 5,173 artilleros; total 89,191 hombres. — El ejército del centro; 126,000 bayonetas, 41,464 sables, 7,360 artilleros; total, 144,816 hombres. — El ejército de observación de Kamienetz; 40,000 bayonetas, 5,728 sables, 2,600 artilleros; total, 48,328 hombres. — El ejército del Danubio: 122,000 bayonetas, 16,200 sables, 9,060 artilleros; total, 147,260 hombres. — Aña-



Soldados auxiliares rusos en la Crimea.

El Tirteo español.

VII.

Las composiciones que voy á recorrer en este y en el próximo artículo, que será el último que haga sobre este asunto, no corresponden ciertamente al epígrafe con que les encabezo. Son poesías de un carácter distinto del de las que valieron á Quintana la denominación honrosa de

JL

irteo-Español; pero debo ocuparme de estas poesías también para dar una idea de la feliz facilidad con que el insigne vate ha cultivado todos los géneros, excepto la sátira, y no puedo prescindir del epigrafe que ha servido para esta serie de artículos ó extractos. El poeta que tanto ha sabido admirarnos como filósofo y conmovernos como patriota, va á entristecernos con sus meditaciones en el campo del sentimiento, y á embelesarnos cantando las delicias de la hermosura. Entre las composiciones tiernas citarémos particularmente la *Despedida de la Juventud*, cuyo asunto tiene algo de patético, y sobre todo se recomienda por su originalidad. He aquí como el gran Quintana dirige su voz augusta y paternal á los jóvenes:

Creced y floreced, plantas hermosas,
Creced y floreced, y alzando al cielo
Esas ramas sonantes y frondosas,
Bañad en dulce lobreguez el suelo:
Que yo angustiado á vuestra sombra amiga
Me acogeré, y en ella
Tendré un asilo al fin donde no sienta
El vivo resplandor que el sol ostenta.
Él en eterna juventud luciendo
Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años,
Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos
Y á contrastar su solio se amontonan;
Y en su feliz carrera
Nada marchita su beldad primera,
Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡Oh, cuánta diferencia
Entre su fuerza y la flaqueza mía!
Sigue un día á otro día,
Y en su sorda inclemencia,
Cada cual me amortigua, y me arrebató
Al término en que espira la alegría.
Vuelvo la vista, y angustiado miro
Yacer cegadas de mi edad las flores;
Y la vida mostrármese erizada
De espinas solamente y de dolores.

Describe aquí el poeta los magníficos recuerdos que tenemos de la primavera cuando Noviembre desata los vientos bramadores, y continúa:

Tal de mi juventud y de mi gloria
Los venturosos días
Se pintan tristemente en mi memoria,
Al tiempo que volando
Huyen lejos de mí, sin que mis ayes
Solo un momento detenerlos puedan.
A Dios, divino amor, que desplegando
Las bellas alas de oro,
Me llevabas en ellas
Por senderos de flores,
Y el pecho y labio sin cesar colmabas
Del néctar celestial de tus favores.
A Dios: la cruda mano
Del tiempo, á mis delicias enemigo,
Te arrebató consigo.
Y ¡oh, cuántos otros bienes el tirano
Me arrebató también! ¿Con qué la risa
Huyó por siempre de los labios míos,
Y la fiel confianza de mi frente?
Mis ojos ¡ay! de lágrimas vacíos,
¿Será que nunca á desahogar ya tornen
Mi triste corazón, y que se vean
De él por siempre alejadas
Las esperanzas que halagüeñas rien,
Las ilusiones que sin fin recrean?

Con la juventud dice el poeta que nace el entusiasmo que inspira el bien. No la cuestan nada los sacrificios. Es sensible á la amistad, y siente arder en su pecho la llama del patriotismo y de la gloria. Obedeciendo á estos impulsos mágicos, corre impávida á su fin

Como en la selva
El volador caballo,
Cuando en dichosa libertad respira,
Orgulloso se lanza á la carrera.
El viento no le alcanza, y vanamente
A intimidar su ardiente lozanía
Las ramblas y torrentes se presentan:
Las ramblas y torrentes acrecientan
Su generoso aliento y su osadía.

En lugar de estas hermosas cualidades, pregunta el poeta con melancolía, ¿qué ofrece el porvenir al que ha tenido la desgracia de perderlas perdiendo la juventud?

El triste freno
De la prudencia y su compás helado;
Mientras que derramando su veneno
La vil sospecha, asida
Del funesto puñal del desengaño,
En cada halago temerá un peligro,

Tras cada bien me mostrará un engaño:
Y roto el velo á la ilusión el mundo
Que pintado en tan mágicos colores
A mi inocente espíritu reía,
Será de hoy mas á la tristeza mía
Yermo sin amistad y sin amores.
Morir fuera mejor: mas ¡ay! que abiertas
Ya á devorarme aspiran
De la siguiente edad las negras puertas.
La vista estremecida
Duda y se vuelve atrás: deten la mano,
Y no de bronce la eternal barrera
Corras, que esconde mi estación florida.
¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!...
Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego
Sin poderme valer, desconsolado,
Del carro del destino arrebatado,
A su imperiosa voluntad me entrego.

En la composición á la *Hermosura*, el poeta manifiesta igualmente haber dado el adiós fatal á la juventud; pero no por eso se observa esa decadencia que comunemente se pronuncia con la edad. Su corazón se infla ya con el fuego de los primeros años, y revela mas dolor saludando á la hermosura, que despidiéndose de la juventud. Oigámosle:

Cuando en la flor de mis risueños días
Mi vista hirió tu luz, dulce hermosura,
¡Oh, cómo palpité! ¡Cómo mi pecho
Te amó, te idolatró! Tú númen fuiste
Que desplegar hiciste
El vuelo de mi voz; tú presidias
De mi cítara al son, que entónces era
Mas bien el eco de las ansias mías
Que el eco de tu gloria.

¡Oh, si al formar tu vencedor traslado,
Benigno el cielo la apacible tinta
Me diera con que el día en el Oriente
Nace á inundarla en cándidos albores!
¡Los hermosos colores
Flora me diera, con que adorna y pinta
Al soberbio clavel su altiva frente!
Diérame de su seno la fragancia,
Y la bella elegancia
Que gentiles los álamos despliegan
Cuando las auras del Abril los mecen,
Cuando las lluvias del Abril los riegan.

A tu nacer testigo
El orbe se recrea,
Que tanto llega á florecer contigo.

Crece: que el lirio y la purpúrea rosa
Tienen tus gratos miembros á porfía:
El sol del Mediodía
La lumbre enciende de tus ojos bellos;
Que el tímido pudor la temple en ellos:
La esencia de las flores
Tu dulce aliento sea,
Y á velar tus encantos vencedores
Bajen en crespas ondas tus cabellos:
En tu nevado seno
Empiecen los amores
La primera á gustar de sus delicias:
Tu pié en la danza embellecer se vea
Y tu cándida mano en las caricias.

Esta es la primera composición erótica de nuestro Parnaso, como la oda *A España* es la primera proclama guerrera del mundo. Veamos como pinta el poeta el poder de la hermosura en estos versos:

Diosa de la beldad, alza la frente,
Mira tu gloria: al contemplarla el sabio
Despide de su mente
La grave austeridad: la indiferente
Desmayada vejez siente que inflama
Tu viva lumbre sus cenizas frías,
Y suspirando exclama:
¡Ah! quién volviera á los floridos días!
¡Qué nube de esperanzas y deseos
Te halaga en derredor! ¡Qué de suspiros!
¡Cuántos amores! Y soberbia y fiera,
Sin ver ni agradecer, sigues hollando
La apacible carrera
Sembrada de placer, ornada en flores,
Tras tu carro de triunfo arrebatando
Tus míseros despojos
De tantos amadores,
Que al son de su cadena,
Bendiciendo tu luz, cantan su pena.
¡Dichoso aquel que junto á tí suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe,

Que á demandarte compasión se atreve,
Y blandamente palpar te mira!

Contempla el poeta los triunfos del amor como los mas halagüeños que el hombre puede disfrutar en la tierra, y luego exclama:

¡Y no es eterno! ¡ay Dios! ¡y llega un día
En que del albo seno
Cansada la hermosura
Lanza al amor! Amor la embellecía:
El su semblante de expresión bañaba,
El gracia la inspiraba y bizarría:
El mundo la veía
Y cual templo de un Dios la respetaba.
Y ora apagando la soberbia antorcha
Sus alas tiende amor, y huye gimiendo
A la vana inconstancia, á la falsía,
Que su altar profanaron,
Y la alma fuente del sentir cegaron.

Deléitase el vate recordando á Eloisa cuyo amor no feneció ni aun después de fenecer su amante: complácese en oír los gemidos de la constancia, y concluye con esta seductora apología del sentimiento:

Así sus ayes lastimeros hienden
De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos á su tumba y llanto,
Llanto mas bien; las lágrimas que vierto,
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca parecéis mas bellos,
Sabed que nunca sois mas poderosos,
Que cuando en vos se mira
El vivo afán que el sentimiento inspira.
¿Sin él, qué es la beldad? Flor inodora,
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazón no adora.

He procurado interrumpir lo ménos posible con mis comentarios los encantos de esta producción sublime, y no quiero entibiar el efecto que sus ideas producen en el corazón con mis reflexiones ni aun con mis alabanzas.

J. M. VILLERGA.

Revista de París.

Hémos aquí de nuevo á la entrada de una época solemne: el invierno, el frío y terrible invierno de estas regiones desheredadas de la naturaleza, llama ya á nuestras puertas. El tiempo que hoy atravesamos tiene, como el viejo Jano, dos rostros diferentes; el uno triste, fruncido, amenazador, y es el que muestra á los estudiantes la negra puerta del colegio, á los magistrados la sombría mansión de los pleitos y de las lágrimas, y á los empleados de toda categoría el duro banco y los despachos de las oficinas llenos de polvo y de tristeza. Pero el otro por el contrario, se muestra radiante, y nos anuncia la vuelta de la sociedad al rico hogar del invierno; la vuelta de todas esas graciosas golondrinas inconstantes que al primer anuncio de la primavera emigran á lo lejos por do quier las llaman el placer, la curiosidad, la poesía, y que á las primeras brisas del otoño vuelven al centro parisiense de las cuatro extremidades del universo.

La inmensa capital tomará en breve la animación de todos los inviernos. La vida elegante y artística, la vida de los bailes, de los teatros y conciertos se anuncia ya brillante como siempre. La apertura de los Italianos, esa fiesta clásica del gran mundo, se celebró á principios de octubre con la magnificencia tradicional que la caracteriza. La temporada promete ser muy buena, á pesar de que los artistas que figuran este año en la compañía no son de lo mas notable que cuenta en la actualidad el mundo lírico.

La Grande Opera ha inaugurado también sus solemnidades musicales, pero con poca suerte. El lunes último la inmensa muchedumbre que acudió á sus puertas al anuncio de la representación de los *Hugonotes*, se llevó un chasco terrible; la Cruvelli, la reina de las artistas del día, como puede llamársela hoy que la Sontag no existe, había desaparecido repentinamente, y todo lo que ha podido saber la policía es que tomó aquella tarde el camino de hierro del Norte; ¿nos la habrán robado los rusos siguiendo su antigua costumbre de seducir á fuerza de rublos á los artistas predilectos del público parisiense para llevarlos á San Petersburgo? Descansen nuestros lectores en la confianza de que por poco que este asunto les interese, podrán estar al corriente de lo sucedido en cuanto haya llegado á nuestra noticia.

Entretanto pasaremos sin mas transición á la siguiente historia, que podría suministrar á un autor dramático una bonita escena de comedia.

Cómodamente arrellanado en uno de esos blandos sillones debidos al genio tentador de la industria moderna, y cuyo uso ejerce quizá sobre el carácter general de las costumbres francesas algo de esa influencia que tiene el opio entre los chinos, la cabeza inclinada y las piernas tendidas, Alberto de X..., con los ojos medio cerrados, parecía sumergido en la sencilla

reflexión de un hombre que se hubiese dado por problema el estudiar el intrincado encadenamiento de los bordados que presentaban las colgaduras que tenía en frente.

Sin duda por distracción, el joven guardaba silencio después de mucho rato.

Este preliminar de escena pasaba en un precioso gabinete amueblado con elegancia y riqueza.

Otro personaje estaba sentado en un ángulo de un sofá del otro lado del gabinete, y se callaba también, por dignidad seguramente, aunque no sin lanzar de tiempo en tiempo una mirada oblicua al joven silencioso, mezclada de inquietud y de sorpresa.

— ¿Con qué eso es todo lo que dice Vd.?... preguntó el personaje femenino al cabo de un instante, con un ligero acento de impaciencia.

— No digo nada, porque pienso... respondió el joven dando á esta majestuosa excusa la entonación calculada de una delicada lisonja.

— ¡Ah!

Y este laconismo fué también acentuado de manera que demostraba cierta satisfacción mezclada de cierta ironía.

Vencido por la demostración, el joven, sonriéndose, tomó un aire más expansivo, y volviéndose hacia su interruptora, dijo con galantería:

— Me acaba Vd. de despertar, amiga mía, y veo que la realidad es mejor que mi sueño.

La joven esta vez no respondió; se cruzó de brazos en su asiento y tomó la actitud de una hipócrita indiferencia.

Efectivamente, Alberto al encontrarse como de repente en presencia del objeto real de sus meditaciones, se prestó sin querer á un sentimiento de agradable contemplación provocada por la vista de un perfil elegante, realzado por el brillo de una hermosa cabellera negra y de unos ojos rasgados, bajo cuya sombra momentánea se adivinaba la mayor viveza.

— Vamos, sus visitas de Vd. no son muy divertidas, exclamó al fin la joven, interrumpiendo aquel nuevo silencio.

Cuando una mujer dice á un hombre que no es divertido, equivale á exigirle que lo sea; es como un desafío á puerta cerrada, y ¡ay del hombre que no se apresura á recoger el guante.

— ¿Pero acaso la reflexión no es un placer? dijo Alberto.

— Sí lo es, cuando dos personas participan de ella.

— Me figuré que Vd. escuchaba mis meditaciones.

Esta tierna agudeza provocó en los labios de la joven una sonrisa equívoca.

Pero en aquel instante la mirada escudriñadora de Alberto se fijó en un bonito escaparate que contenía todo un museo de esos objetos elegantes que son como las flores de la industria moderna.

— Voy á decir á Vd. una cosa, repuso el joven con la viveza de un poeta que acaba de encontrar un argumento; ¿no se ha divertido Vd. algunas veces en fabricar una de esas novelas más ó menos verosímiles sobre este ó el otro objeto cuyo origen, desconocido para todos, tiene siempre sin embargo sus aventuras secretas? ¿No ha pasado Vd. algunas horas en dramatizar en su pensamiento el pretexto vulgar ó el capricho ignorado que fué á sacarle de su tienda para llevarle á una sala, ó para colocarle en el puesto más privilegiado de un gabinete? Por mi parte, confieso que varias veces me he entretenido en ello. Aquí mismo tenemos, verbigracia, veinte piezas de convicción, bien frágiles todas, añadió Alberto con un ademán, señalando al escaparate susodicho, y nada me sería más fácil que fabricar á su beneficio veinte historias, procediendo sencillamente como Cuvier cuando reconstruía mundos enteros con cuatro huesos...

— Veinte historias sería muy largo, dijo la joven con curiosidad, pero dígame Vd. una sola.

— ¿Sobre cuál objeto?

— A su gusto de Vd.; elija Vd. entre tantos diferentes.

— Tomaré esa cajita esmaltada, dijo Alberto apoderándose efectivamente de un elegante cofrecillo que figuraba en el escaparate en primera línea.

— Elección muy acertada, exclamó la joven, la apruebo.

— Esta cajita, dijo el joven considerándola de cerca, ofrece á la imaginación todos los indicios de un cambio delicado, y estoy seguro de que si levantara la tapa, descubriría en el fondo algún recuerdo.

La joven, al oír estas palabras, no pudo menos de experimentar un movimiento de sorpresa acompañado de una mirada de reojo, pero que no llamó la atención del improvisador ocupado en examinar atentamente aquel objeto.

— Continúe Vd., el principio me interesa.

— Digo, prosiguió Alberto, que bastaría levantar esta tapa para evocar algún recuerdo. ¿Quiere Vd. que nos remitamos á la prueba? añadió el joven procediendo á la apertura del cofrecillo con la precaución de un jugador de manos, y sacando de él, con asombro ciertamente, el esqueleto ajado de una rosa.

El hallazgo dejó indeciso á Alberto.

— Prosiga Vd., exclamó la joven con ironía.

— Esto podrá ser un desenlace, dijo el narrador con acento firme; ahora descubro claramente la verdad, y no tengo más que relatarla.

— Pero veamos, todo se vuelven reámbulos, y esa verdad nunca llega.

— No se burle Vd. de mi perspicacia, repuso Alberto considerando aquella flor que parecía dispuesta á desmentirle al primer desliz en que incurriera. Desde luego diré que la aventura es ya remota, como este pálido cadáver lo atestigua.

— ¡Oh! ¡una flor se aja tan pronto! dijo la joven con malicia, como para dar pábulo á su sospecha.

— Sí, pero mi deducción se apoya en otro orden de ideas. Sin duda alguna, la acción aquí data de una época en que era Vd. más joven, amiga mía.

— Podía Vd. ser más político, caballero.

— Confío en que penetra Vd. la intención de mis palabras, que es siempre sincera. Tiene Vd. veintiseis años, querida amiga, y es imposible que haya Vd. sido nunca más hermosa.

— Basta, basta.

— No insisto; sin embargo, permítame Vd. decirle para cerrar el paréntesis, que se halla Vd. precisamente en esa edad en que ni se desea ni se siente nada, y dudo mucho que consintiera Vd. en cambiar en este momento los ricos años de una experiencia fecunda en felicidad bien comprendida por esa primera juventud de ilusiones que saqué á relucir únicamente porque de ella quería deducir una consecuencia.—Decía, pues, que esta rosa (y prescindirémos ya de su color) atestigua que era Vd. joven, pero él también... pues es preciso tener veinte años para dejarse arrebatar las prendas de un amor furtivo, y es preciso tener la misma edad para consentir en devolverlas. Cuando se ha adelantado algo más en la existencia, se guardan con mayor cuidado, aunque sea solo por economía.

— ¿No cree Vd. en las reliquias?

— Seguramente, y por eso digo que se guardan.—Supongamos, pues, que era una noche de baile, ántes de que una suerte cruel la hubiera á Vd. arrebatado el esposo que llora todavía... y dispénsame Vd. que traiga á la memoria tan triste recuerdo... el adorador adoraba en silencio, trataba de sofocar su pena... ¡Ah! me parece estarle viendo contemplando con mirada celosa á la reina del baile... Me parece estarle viendo ambicioso y tímido que se acerca respetuosamente á solicitar el favor de bailar con Vd. una contradanza... Vd. por su parte al descubrir un paso espiado secretamente...

— ¡Caballero!...

— ¿La ofendo á Vd.? hablarémos en general. Ninguna mujer es insensible á unas adoraciones de esa especie, por la sencilla razón de que aquello que la lisonjea, la interesa tanto por lo ménos, como aquello que la agrada.

— ¿Está Vd. bien persuadido de que es así? preguntó la joven con cierta impaciencia.

— En este punto, todos los moralistas se hallan perfectamente de acuerdo. Suprimiré los intermedios; las miradas que se evitan y las que se atraen; esa frialdad fingida que...

— Le interrumpo á Vd. para decirle que esas reflexiones son de muy mal género.

— ¿Podría Vd. decirme si son justas?

— Sean lo que quieran, no me gusta oír las.

— Dispénsame Vd., si no fuera por esto, dudo que me prestara Vd. atención para llegar al fin de mi historia. Además, francamente hablando, la coquetería no está mal en las mujeres, y los hombres la perdonan fácilmente; yo también tengo mis recuerdos.

— La historia, la historia, caballero.

— Voy á ella. En la animación del baile, se cae una flor del ramillete que Vd. lleva, y rápido como el relámpago el adorador la recoge, se apodera de ella y la oculta con prontitud en su chaleco... Nadie le ha visto, nadie, excepto Vd.; acción indiscreta! pero ¿qué partido tomar? Exigir una restitución sería quizás provocar un escándalo: el ladrón se marcha con su robo.

— ¿Queda aun mucho que decir?

— No; ahora llego á lo más ingenioso. Entre personas que frecuentan las mismas sociedades, están permitidas las visitas. Dos días después el joven temeroso se presenta radiante con una dicha cuyo secreto se imagina que él solo posee. Pero después de algunas frases vulgares sobre el bueno ó el mal tiempo, Vd. le interrumpe de repente diciéndole: «Caballero, devuélvame Vd. la flor que me tomó Vd. en el último baile en que salimos de pareja... ¿Porqué la guarda Vd.? Eso es una locura.»

La joven no pudo menos de sonreírse al oír esto.

— Viéndose atacado tan de cerca, prosiguió Alberto, el caballero pretende excusarse, hasta que al cabo de un cuarto de hora de hipócrita querrela, concluye por creerse culpable de veras, y tanto más culpable cuanto que se retira enamorado hasta los tuétanos. ¡Ah! solo se juega así con los inocentes.

Esta vez no hubo interrupción, pero los ojos de la viuda lanzaron llamas.

— En una palabra, al otro día, continuó Alberto, el adorador, más animoso ya, se atreve á tomar una venganza. Obediente y sumiso trae la rosa, pero encerrada en este cofrecillo que se atreve á presentar á la señora de sus pensamientos, poco más ó ménos en estos términos: «Había comprado esta cajita para guardar la rosa... Tenga Vd. la bondad de aceptarla con su flor, ya que me exige Vd. que se la devuelva...»

El pretexto es ingenioso y delicado, y habría sido hasta impolítico el negarse á tomar el cofrecillo que, además, tiene en su ventaja el ser un objeto de mucho gusto; se acepta, pues, y queda instalado en este sitio, dijo Alberto volviendo á colocar solemnemente la cajita en el escaparate; el adorador puede volver cuando guste, que allí lo encontrará siempre. En cuanto al galán, cuyo retrato no es muy fácil hacer en vista de lo que precede, es un joven de agradable presencia; ya hemos dicho que es un hombre de gusto; el color azul de la cajita indica claramente que debía ser rubio...

— Amigo mío, se engaña Vd., interrumpió una voz burlona; era moreno.

— ¡Cómo! exclamó Alberto con una susceptibilidad que ya no necesitaba ser fingida, mi historia... será historia de veras, y cuando creí inventar...

— No se inventa nada en el mundo, caballero.

— Es verdad, murmuró el joven arrellanándose otra vez en su sillón, nada nuevo existe bajo el sol; todo es viejo.

MARIANO URRABIETA.

La Abisinia.

Entre las comarcas próximas al mar Rojo hay una que por la fertilidad de su suelo y la variedad de sus productos, así como por el carácter, las costumbres y la religión de los que la habitan, ha fijado particularmente la atención de los viajeros; es la Abisinia. Con-

vertida al cristianismo á principios del IV siglo, pero aislada en sus montañas desde que los árabes conquistaron el Egipto, la Abisinia no ha participado, como las demás naciones cristianas, de los progresos de la civilización. Desde la época de su aislamiento, sus instituciones políticas y sociales no han variado un ápice.

Dos intrépidos viajeros, los señores Ferret y Galinier, han explorado el Tigré, ó las provincias septentrionales de la Abisinia; la historia de su viaje principia en Egipto, en ese país, donde se han hecho en los últimos años tantos esfuerzos para regenerar á sus habitantes sumergidos hace siglos en una horrible barbarie. Pasando en seguida á las costumbres y usos de los egipcios, describen la condición de las mujeres musulmanas, y á propósito de las mujeres nos dan sobre las bailarinas curiosos detalles.

«Las que hemos visto, dicen, eran jóvenes y bonitas; su música se componía simplemente de un tarabuk y de una pandereta, á cuya armonía un tanto disonante debemos añadir el sonido de las castañuelas de metal que tocaban graciosamente bailando. Sus ricos vestidos de colores muy brillantes apenas diferían del que llevan las mujeres del harem, y en cuanto á sus danzas, preciso es convenir en que hacen salir los colores á la cara á todo europeo. Por ese motivo, en Oriente las personas que se respetan, hombres ó mujeres, tienen el baile por un arte vergonzoso, y se considerarían deshonrados si le cultivasen. En cuanto las bailarinas del Cairo principian á ejecutar el paso de la abeja, la música toma un empuje nuevo y prodigioso. Las bailarinas cantan también para animarse, estas dos palabras que repiten sin cesar; «*El nahl iao, el nahl iao*:—aquí está la abeja, aquí está la abeja.» Se supone que el insecto revolotea y zumba en torno de las bailarinas espantadas. ¿Dónde está? aquí, aquí, á la derecha y á la izquierda, y por todas partes se encuentra en el mismo momento. La bailarina trata de cogerla, pero se escapa y vuelve sin cesar, hasta que al cabo, tanto la persiguen que se refugia en los pliegues del vestido. Entonces el miedo se acrecienta; la bailarina sacude sus vestidos; impaciente y desesperada se quita primero el corpiño, luego el cinturón, luego la falda y el pantalón, por último todo, excepto la camisa. Poco á poco, cuando se han agotado ya los movimientos apasionados, el compás se hace más lento, la furia y la violenta energía del delirio se van calmando, y llega como un cansancio lánguido y enervado durante el cual las bailarinas se van poniendo otra vez sus vestiduras pieza por pieza delante de la reunión que las contempla.»

Del Cairo nuestros viajeros pasaron á Suez por el desierto y se embarcaron en el mar Rojo.

Saliendo de Messawah solo hay un camino que conduce del mar Rojo á la Abisinia. La isla de Messawah situada cerca de la costa africana por los 15° 36' de latitud septentrional, no tiene en su mayor extensión, mas que una longitud de mil metros. Se halla formada por un banco de coral, que apenas sobresale encima de las aguas, donde no se ven ni puentes, ni árboles ni una mata de verdura. Es el sitio más estéril de la tierra, y es también uno de los más cálidos. En el mes de noviembre el termómetro centígrado señala á la sombra 33 grados, y en julio se eleva hasta 50. Jamás el hombre habría pensado en establecerse sobre esa isla desolada si la naturaleza caprichosa no hubiera creado allí uno de los puertos más seguros del mar Rojo.

Nuestros dos viajeros no permanecieron largo tiempo en la isla; apenas llegaron á Messawah, cuando pasaron al continente para visitar al Naib de Arkiko, el jefe de las tribus errantes que se extienden entre las orillas de la mar y las montañas de Abisinia. Los chochos, como llaman á los hombres de esas tribus, son el terror de las caravanas. Son gente turbulenta, ávida, rapaz y cruel. La enorme cabellera que sobrecarga sus cabezas, les da una fisonomía ruda y salvaje. Sus vestidos consisten en un pedazo de tela que se arrojan sobre los hombros, un pantalón que ni siquiera les llega á las rodillas, y á veces únicamente un trozo de tela que se atan al talle. Una lanza, un escudo de piel de hipopótamo, redondo y de un corto diámetro, un largo sable derecho y de dos filos, tales son sus armas, que siempre llevan consigo. Su país es sumamente árido; sin embargo, se encuentran algunos valles en cuyo fondo se descubre una vegetación hermosa. En el valle del Samhur, verbigracia, hay sitios deliciosos cubiertos de siembra, embalsamados con el perfume de las plantas y las flores, animados con las alegres gacelas, las inquietas ardillas, las aves y pájaros de brillantes colores y los insectos de mil formas distintas. El Samhur conduce por una cuesta casi insensible al pie del Tarenta, que se eleva á 2,543 metros sobre el nivel del mar, último escalón de la cadena de montañas que separa la Abisinia del mar Rojo. Un sendero mal trazado que pasa al borde de horribles precipicios, sendero peligroso, lleno de piedras y de fragmentos de rocas, que ruedan bajo los pies del viajero, conduce á la cuspide del Tarenta, donde principia el territorio de la Abisinia septentrional. De allí la vista se extiende á lo lejos sobre los terraplenes del Tigré, donde, á pesar de la proximidad del ecuador, se disfruta de un clima templado, á causa de sus 2000 metros de elevación. Estos terraplenes se hallan cortados por valles profundos y coronados de elevadas cúspides de montañas. En tanto que en el fondo de esos valles el calor es excesivo, sobre lo alto de las montañas reinan los frios más penetrantes; este es el privilegio de la Abisinia que reúne en un estrecho espacio todas las temperaturas, los climas diferentes de la Francia, de la Italia y de las Indias. Por eso sus productos son tan ricos y variados. Se crían allí todas las

gramíneas de la Europa, y otras que son particulares de aquella tierra. El café de Abisinia es excelente; transportado por las caravanas sobre las costas del mar Rojo, se vende allí bajo el mágico nombre de café moka, y en realidad no es inferior á este.

La Abisinia posee en su seno los gérmenes de todas las riquezas. Solo la barbarie impide su desarrollo, pero nuestros dos viajeros afirman que el día en que penetre allí la civilización, llegará á ser uno de los mejores países del globo. Los abisinios, valientes, vivos, inteligentes y religiosos, estiman mucho á los europeos á quienes consideran como superiores á los hombres de todas las demás razas, y cuyas costumbres y civilización desean inocularse.

Esta aspiración hácia un porvenir mejor, esta simpatía por nuestras ideas europeas no se ven con frecuencia en la tierra africana; solo se encuentran entre los abisinios, y esta superioridad moral se manifiesta ya en ellos por la belleza física que los distingue entre todos los pueblos de raza negra. Aunque bronceados ó negros también, su tipo se acerca bastante al europeo, y aun nos llevan alguna ventaja en la delicadeza de formas y de rasgos. Son de una estatura elevada, y rara vez se ve alguno mal configurado; para andar son incansables; su fisonomía es suave y agradable y son

cuerpo bien proporcionados; un talle esbelto, formas pronunciadas, y un andar noble y elegante, han valido á las abisinias una reputación de belleza bien merecida, y son muy apreciadas en Egipto por los turcos, que las cuidan muy señaladamente para el harem.

El traje de los hombres se compone de un calzon de

crear que fueron levantados por los espíritus malignos. Después de haber recorrido el Chiré, y después de haber visitado el valle del Taccazé que separa el Tigré de la provincia montañosa del Samen, nuestros viajeros pasaron al Agamé, al Este de la Abisinia septentrional. Esta comarca, cubierta hasta hoy con un velo oscuro no nos oculta ya ningún misterio. Gracias á sus descubrimientos, las ciencias naturales se han enriquecido con hechos nuevos, con observaciones muy seguras, y sobre todo la geografía ha ganado muchísimo. Como prueba de lo que decimos, no hay más que echar una ojeada por el mapa que levantaron nuestros viajeros rectificando todos los errores del antiguo. Nosotros nos contentaremos con decir aquí que los viajeros estudiaron cuidadosamente la elevación de las montañas, sus formas y su composición geológica, y entraremos solo en algunos pormenores sobre aquellas que los abisinios designan bajo el nombre de Ambas, curiosísimas por su aspecto, y por el papel que desempeñaron en las guerras civiles de la Abisinia. Las Ambas

son unas fortificaciones naturales que de lejos parecen trincheras elevadas por la mano del hombre. Sus flancos verticales como murallas, se terminan en azoteas horizontales á veces coronadas de cúpulas de piedra como las del Haramat y las de Demba-Halun. Cada jefe tiene



Abisinia. — El baile de la abeja, en Egipto.

lienzo que acaba en las rodillas, un largo cinturón y una especie de manto que se ponen á semejanza de los antiguos romanos, y que se fijan en los hombros por medio de una piel de carnero ó de león.

El vestido de las mujeres no es mucho más complicado. Las jóvenes

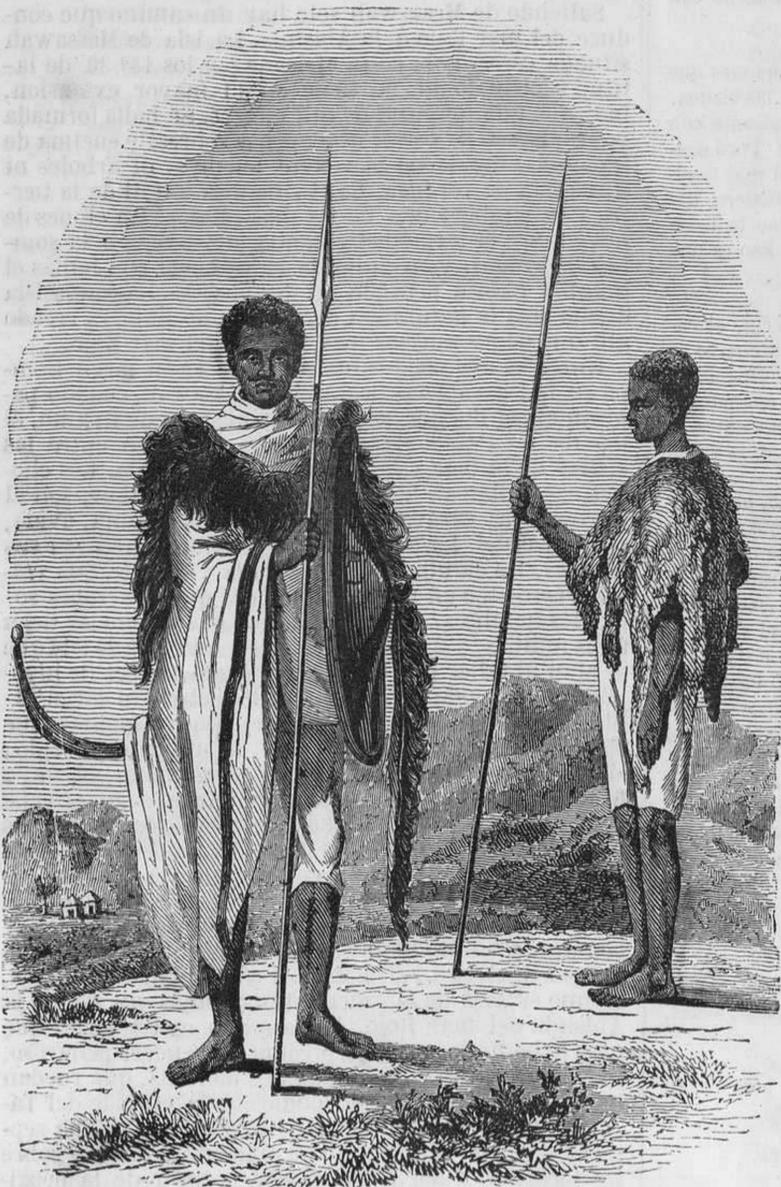
llevan sencillamente ceñido al talle un pedazo de tela, y se cubren los hombros con una piel de cabra guarnecida de conchitas blancas. Las mujeres casadas se adornan por lo común con una camisa blanca con más ó menos bordados rojos en el cuello y en las mangas, según su fortuna. Sobre esta camisa suelen ponerse también un manto, que les sirve á la vez de vestido durante el día, y de abrigo en la cama.

Cuando nuestros viajeros llegaron al Tigré, el rey Ubié tenía su campo á dos leguas al Norte de Adna, y fueron á hacerle una visita para pedirle la autorización de viajar por sus estados. El rey les recibió perfectamente, y no solo accedió á su demanda, sino que les dió un soldado para acompañarlos y para que los respetaran.

Contando ya con la protección del soberano, los viajeros dirigieron entonces sus exploraciones al interior de las provincias. De paso para el Chiré, se detuvieron algunos días en Axum, la ciudad más antigua de la Abisinia, donde en-

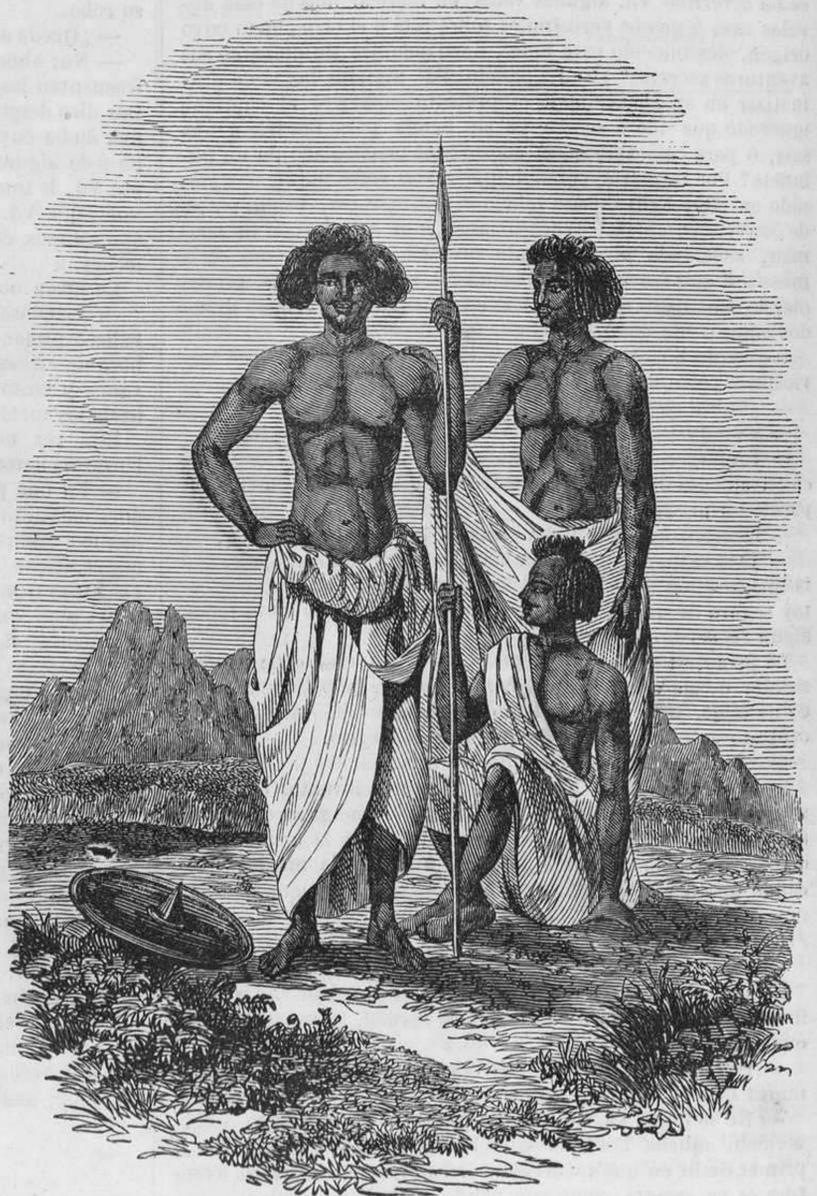
contraron muchas ruinas; un elegante obelisco queda en pie todavía en una plaza situada al Norte de la ciudad; otros dos mucho mayores yacen por tierra en pedazos. Los abisinios que ignoran las ciencias y las artes, no conciben que hayan sido hombres los que erigieron aquellos monolitos. Su superstición les hace

la suya, que manda guardar por gentes fieles, y donde tiene siempre bastantes provisiones para retirarse allí como á una fortaleza inexpugnable cuando sublevado contra su soberano, se halla acometido por fuerzas superiores. El Devra-Damo tiene una grande celebridad entre esas montañas. Pero aquí dejaremos á nuestros



Abisinia. — Los Abisinios.

común, y revela cierta nobleza que realza la sencillez de sus vestidos con pliegues á la manera antigua. Sus mujeres son hermosas y respiran gracia y delicadeza. Una fisonomía de líneas regulares con una expresión de suavidad melancólica, unos ojos grandes, una nariz recta, una dentadura de una blancura admirable, su



Abisinia. — Los Chohos.

viajeros que cuenten lo que han visto, cuando subieron á la cúspide de esa montaña singular.

» El Devra-Damo, dicen, es una montaña cónica, formada de esquistas levantadas y cubierta de kolquals, con una gigantesca roca arcillosa sobrepuesta que parece una inmensa fortaleza. Esta fortaleza, hecha de un solo trozo, y cuyos flancos verticales tienen cien pies de altura, ha desempeñado un gran papel en los anales de la Abisinia. Allí enviaban antiguamente á los hijos y á los parientes del emperador. Esta cárcel natural garantizaba la seguridad del Estado y reducía á la impotencia á los ambiciosos que habrían podido trastornar el imperio.

» Hoy la fortaleza es un convento, y su iglesia es objeto de una veneración profunda entre los indígenas.

» Llegamos sin cansarnos mucho debajo del peñon, pero entonces se trató de subir á la parte superior, y en vano buscaban nuestros ojos la señal de un camino ó de un sendero. En tanto que explorábamos inútilmente los lugares á fin de encontrar un paso, nuestros criados se pusieron á dar gritos, y bien luego distinguimos sobre nosotros la cabeza de uno de los monjes que se asomaba á saber lo que queríamos. Después de algunas palabras cambiadas en el espacio, el fraile desapareció, y al cabo de un rato, el jefe de la orden se presentó en persona, asegurándonos con mucha cordialidad que nos recibiría con muchísimo gusto. Nosotros buscábamos como se podría realizar aquel milagro, cuando cayó de las nubes la punta de una cuerda. Nuestro soldado, Guebra Mariam, principió por dejar sus armas en una casa próxima á nuestro campamento, donde vivía una religiosa, y sin mas tardanza comenzó á subir con la agilidad de un mono.

» Pronto le vimos sobre el peñon junto á los frailes; todos nuestros criados imitaron su ejemplo con los mismos resultados, cuando nos llegó el turno á nosotros que, poco familiarizados con semejante medio de ascension, quizás no habríamos acometido la empresa, sin la vergüenza de pasar por cobardes. De todos modos, como nos faltaba la costumbre, renunciamos á subir por nosotros mismos, después de algunas tentativas infructuosas para hacerlo, y tuvieron que tirar de la cuerda á fuerza de brazo.

» Aun así, la ascension no dejaba de tener sus dificultades para viajeros novicios. Es verdad que el mal rato se pasó en algunos minutos, pero los minutos nos parecieron bien largos. Apenas estuvimos levantados de la tierra, principiamos á tropezar contra las paredes de la montaña; nos subían como se suben las arañas en los techos, y las pobres arañas daban vueltas y se torcían en el espacio, á la izquierda y á la derecha dando tropezones en todas partes. Después de haber recorrido una distancia de treinta y tres codos en línea vertical, pusimos el pié en el suelo; nuestras manos estaban ensangrentadas; no habíamos andado mas que la mitad del camino, pero la otra mitad nos parecía un paseo, pues no había mas que hacer que subir por una escalera cortada á pico en la roca.

» Subida aquella escalera nos encontramos por fin sobre el Devra-Damo, en un terraplen estéril cuya circunferencia será de unos 1500 metros. Apenas se ven allí cinco ó seis árboles raquíticos cuyas raíces penetran en las grietas de las rocas. Si el agua no falta, es porque la estacion de las lluvias llena generosamente unas anchas cisternas practicadas y cuidadas con esmero, adonde se baja por escalones cortados en la roca. En medio del terraplen está el convento, que mas bien se podría llamar una aldea. En vez de un solo edificio para la habitacion de la comunidad, se ve allí un pue-

blo como todos los de la Abisinia, donde cada fraile tiene su casa y vive á su manera; únicamente es de advertir que las casas son cuadradas y tienen tejados llanos. La iglesia pasa con la de Axum, por la mas hermosa de la Abisinia, y en efecto es un edificio rectangular de una arquitectura bastante notable. Interiormente reina al rededor una galería que descansa en columnas. Esta galería que se abre sobre la iglesia por medio de ventanas enrejadas, permite á los frailes asistir á los oficios sin que los vean los fieles ó los curiosos de

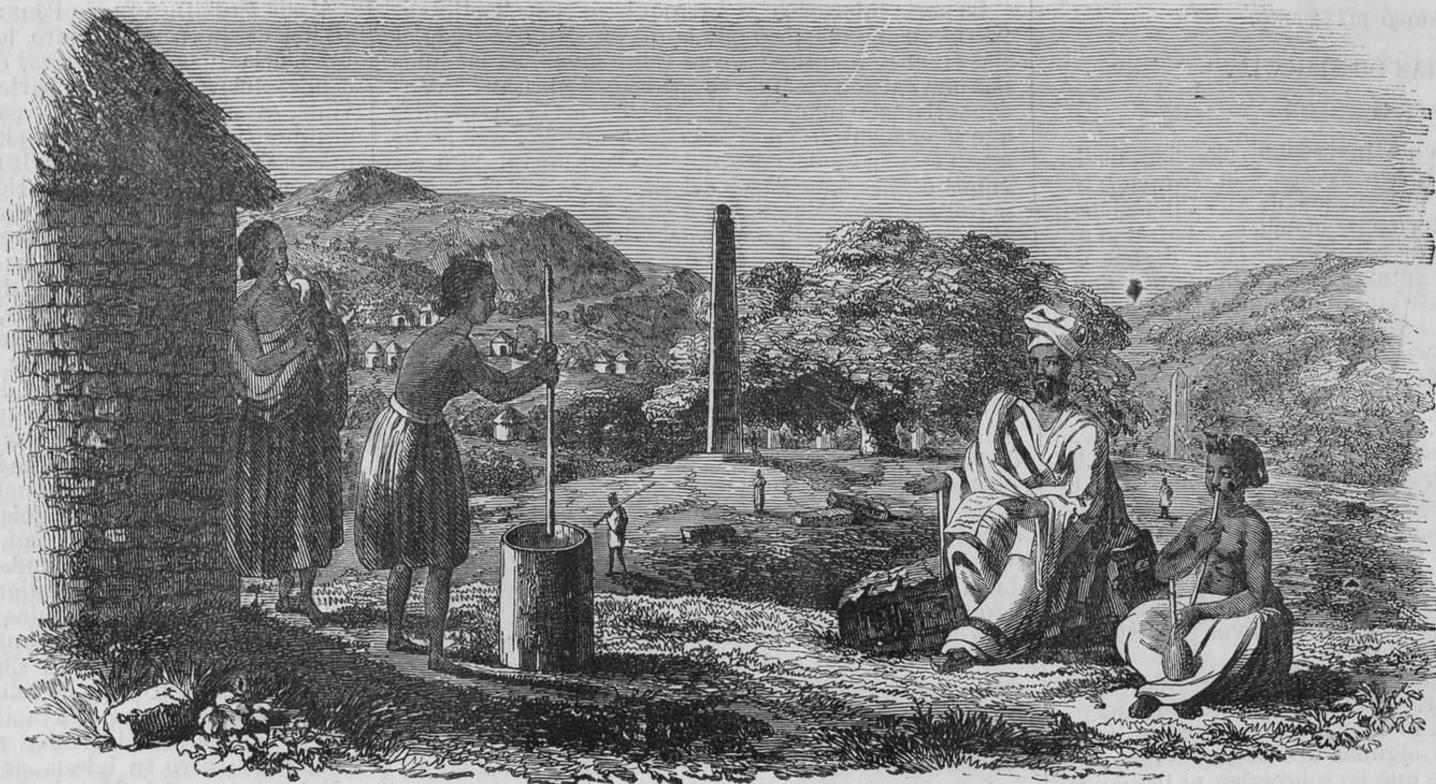
te. Luego un criado nos trajo un cántaro grande de hidromiel que daba gusto verlo, y el superior estuvo con nosotros acompañándonos hasta la hora del sueño. Lo primero que le preguntamos fué si hacia mucho tiempo que el Devra-Damo era inaccesible. El buen fraile nos miró con sorpresa y nos respondió que la montaña habia estado siempre del mismo modo que la veíamos.

» — El primer viajero, nos dijo el superior, que subió aquí, fué un solitario piadoso sobre el cual quiso manifestarse Dios por un milagro. Este santo varon habia visto los vicios y las iniquidades de los malvados, é indignado con este espectáculo, tomó horror á la tierra é hizo el voto de acabar los dias en el aislamiento mas profundo.

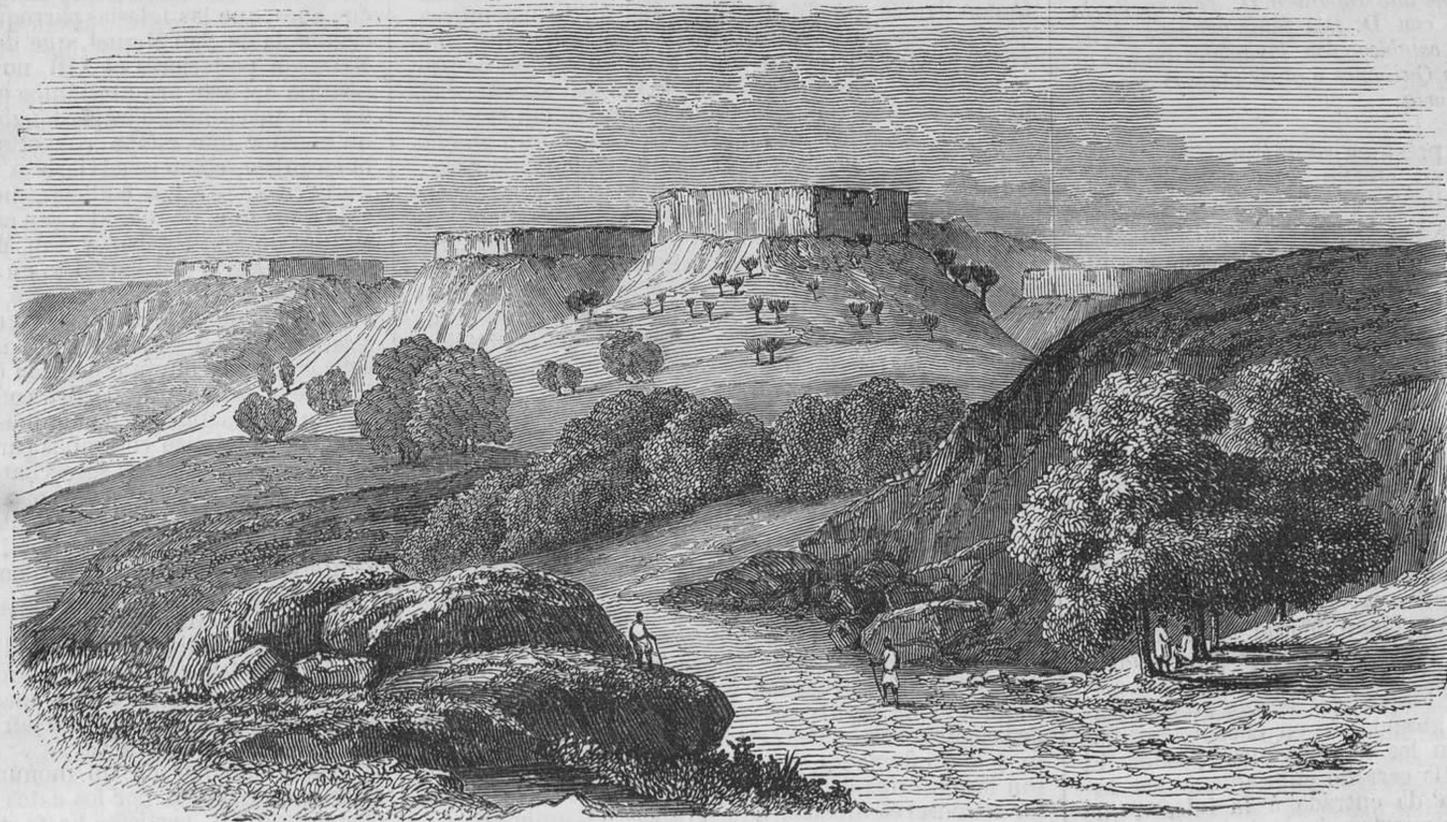
» Una vez que pasaba á la falda del Devra-Damo, tuvo una revelacion, y cayendo de rodillas, se puso á pedir á Dios con todas las fuerzas de su alma, que se dignara concederle el subir sobre esta montaña maravillosa para morir en la contemplacion del cielo infinito. Apenas habia acabado su oracion, cuando se produjo un movimiento á lo largo de la montaña; el santo varon alzó los ojos y vió una serpiente de una especie desconocida que bajaba hasta él, y subia como invitándole á que la siguiera. Esta serpiente no le inspiraba ningun terror; al contrario, se sentia atraido por la dulzura de los ojos del animal, por su flexibilidad y por su gracia. El futuro solitario reconoció la mano del Señor, se agarró á la cola del reptil que le dejó tocar como un cordero, y en el mismo instante, el santo fué transportado á la montaña, donde quedó separado del resto de los hombres.

» Nosotros aventuramos la opinion de que la montaña habia debido cambiar de forma desde el tiempo en que principió á ser habitada; ¿qué cosa mas natural en efecto, que un camino indicado antes por una cuesta, y perdido después con la cuesta misma por un derrumbamiento? Pero nuestra explicacion tan natural destruíó la leyenda, y el buen fraile se entristeció de nuestra incredulidad hasta tal punto, que acabamos por darle la razon en este asunto, para no herirle en sus santas y respetables creencias.

Después de esta visita al Devra-Damo, el mal tiempo interrumpió las operaciones de nuestros viajeros. Todos los años caen en Abisinia lluvias periódicas, que ocasionan las crecidas del Nilo, tan indispensables para la vida en Egipto. Estas lluvias no pasan del 16 grado de latitud. En el Tigré llueve muy rara vez en el mes de mayo. En junio se ven todavía algunos dias buenos, pero en julio cae la lluvia con una regularidad extraordinaria. Todas las mañanas sale el sol; á eso del mediodía se amontonan las nubes, principia á soplar el viento de Este ó de Sudeste, y á cosa de las dos resuena el trueno; al punto se enfurece el viento, y principia á llover á chaparrones; un poco antes de ponerse el sol se aclara el cielo, y por lo regular las noches son hermosas. Esta regularidad no se observa ya en agosto; en este mes llueve á todas horas y á veces todo el dia, y esto dura hasta fin de setiembre, época en que



Abisinia. — Ruinas de Axum. — Sacerdote abisinio.



Abisinia. — Montañas del Devra-Damo.

la nave. El plano del edificio, su construccion y sus diversos pormenores, prueban que la iglesia no es obra de los abisinios; además, la tradicion lo confirma, diciendo que la iglesia del Devra-Damo fué construida por artistas extranjeros en la misma época que la iglesia de Axum.

» Cuando visitamos todo el terraplen, el superior del convento nos llevó á la casa que nos habia destinado, casa sencilla, sin muebles, sin adornos, pero muy aseada y risueña.

» Pasó aquel dia; las primeras estrellas se mostraron en el cielo, y nos sacaron nuestra cena, que se componia de una gallina en pepitoria, con salsa muy pican-

cesan las lluvias de repente. Mientras dura la estación del agua, los caminos se ponen impracticables, y los ríos presentan grandes obstáculos, porque los abisinios ignoran el arte de construir puentes.

Nuestros viajeros se detuvieron pues en Intetchau, donde estuvieron cuatro meses, esperando el buen tiempo para completar mas tarde sus operaciones.

Monumentos anteriores al siglo XIII

PERIODO BIZANTINO.

IGLESIAS DE SEGOVIA.

(Artículo segundo.)

Hicimos en el artículo precedente mencion de las iglesias de *San Millán*, *San Esteban* y la *Trinidad*, observando que por la antigüedad de sus fundaciones, por la belleza de sus formas y detalles, y por el género de arquitectura á que pertenecen, eran dignas del estudio de los artistas suministrando abundantes datos para la historia del arte en tan apartados tiempos.

Mas adelantado aparece aquel en la iglesia de San Juan, si bien los historiadores de Segovia han pretendido tambien remontar su fundación á mas remotas épocas. A juzgar por los datos que suministra la historia de la arquitectura, y por el aspecto de aquella antigua parroquia, creemos sin embargo, que puede fijarse la época de su erección un siglo despues que la del templo de la Trinidad, es decir, á los últimos del siglo XI ó principios del XII. En efecto, la portada principal propende en el todo y en las partes á manifestar un nuevo desarrollo en la arquitectura; el arco apuntado se encuentra ya en ella enteramente pronunciado, y finalmente todo indica mayor perfección y respira mayor riqueza de adornos.

Las portadas de los demás templos construidos en el periodo de 923 hasta 1190, son sencillas, sus ornamentos se reducen á varias molduras que forman el arco, teniendo cuando mas algunas archivoltas relieves de plantas ú otros follajes que no sobresalen ni llaman la atención demasiado. La portada de San Juan respira otros deseos, es fruto de otras pretensiones, y no hay que fatigarse mucho para hacer comparación entre esta y aquella: no se halla muy distinta de la de la Trinidad, habiendo en la misma iglesia de San Juan otra portada en un pequeño vestíbulo, la cual se presta cómodamente á estas observaciones. La iglesia consta de tres naves, siendo la del centro mucho mas espaciosa que las laterales: aunque tambien ha ejercido en ella su saña la reacción del último siglo, da en su planta y distribución una completa idea de lo que fué al construirse. No lejos del presbiterio se halla una capilla que contiene tres enterramientos, hallándose en una faja que la rodea á cierta altura esta leyenda:

Esta capilla es del honrado caballero D. Fernan de la Torre, el cual junto con D. Dia Sanz ganaron de los moros á Madrid y establecieron los nobles linajes de Segovia é dejaron los Quinones é otras muchas cosas en esta ciudad por memoria.

No ha faltado quien presuma, ateniéndose á esta inscripción, que se supone escrito poco despues de la muerte de ambos caballeros, que la iglesia de San Juan debió estar ya fundada por los años de 932. Pero bien se echa de ver, ademís de las razones que dejamos indicadas, que la leyenda trascribida es infinitamente mas moderna, cuya única observación bastaria para echar por tierra aquella suposición gratuita. Los sepulcros referidos se encuentran anejos al muro del Norte de la capilla, siendo dos de ellos bastante sencillos, y ostentando el tercero una estatua yacente armada y de una razonable escultura, todo lo cual hace creer que debe encerrar los restos de algun descendiente de Sanz ó de Garcia, cuyas cenizas parecen contener los dos primeros.

Tambien se halla en la misma capilla una lápida que cubre los restos de D. Diego de Colmenares, historiador diligente y erudito que arriba dejamos citado.

La iglesia de San Martin, tal vez una de las últimas que se construyeron en la época de que vamos hablando, merece ser examinada por los inteligentes con el mayor detenimiento. En los costados del Norte y Mediodía tiene aun dos bellos pórticos de columnas pareadas y arcos redondos, abundando en ellos los mismos ornatos que enriquecen los templos mencionados. El pórtico del Norte se halla cerrado enteramente por tabiques: el del Mediodía da entrada á la iglesia, que presenta no obstante la puerta principal en el muro de Occidente, habiendo necesidad de subir varias gradas para llegar al vestíbulo de la iglesia. Este vestíbulo es casi cuadrado y se ve cubierto por una bóveda de arista, en donde no queda ya da menor duda del nuevo desarrollo que comenzaba á experimentar, cuando se construyó este templo, la arquitectura llamada generalmente gótica. Nosotros no nos detendremos á discutir en este punto si este desarrollo era debido al arte bizantino, si al árabe, ó si era realmente un progreso del arte, tal como se habia cultivado en los siglos inmediatos. Esto daría motivo á largas digresiones, que sobre hacer voluminoso este artículo, pudiera dársele otro carácter. Lo que importa observar es que se anunciaba ya en el momento de que tratamos esa especie

de transición de un estilo á otro; y esto creemos que será bastante para que pueda apreciarse en su justo y respectivo valor.

Sobre las columnas del vestibulo referido no se encuentran, en efecto, solo los capiteles de los otros edificios: se ven ya estatuas de cuerpo entero, estiradas, rígidas, con exageradas posiciones; guardando, en fin, el mismo movimiento, y teniendo la misma propensión que se advierte en la bóveda que cubre aquel reducido recinto, es decir, la aspiración á la elevación y grandeza, caracteres distintivos en los siglos siguientes de la arquitectura gótico-germánica ó gallarda, como la apellidan algunos escritores.

La parte interior de la parroquia de San Martin sufrió el mismo martirio que la mayor parte de las iglesias en el siglo último. Pocas ó ningunas son las huellas que existen en él de su primitiva fábrica, habiéndonos llamado solamente la atención dos de las capillas que se encuentran en el lado del evangelio, que pertenecen á la época del renacimiento la primera, y la segunda á fines ó mediados del siglo XV. En la última se conserva un retablo con varias tablas que pueden reputarse como testimonios del estado de la pintura en los tiempos mencionados, hallándose entre ellas el retrato del fundador D. Gonzalo Herrera que se halló perfectamente conservado en la toma de Ronda. En el centro de la capilla se contemplan los sepulcros de este caballero y de su esposa: asienta la urna sobre un zócalo sostenido por ocho leones, y sobre ella se ven las estatuas yacentes de los fundadores, talladas en mármol, que dan á conocer la escultura española en tiempo de los referidos reyes.

Otros sepulcros y objetos de artes bastante curiosos encierra tambien la parroquia de San Martin: entre ellos nos pareció distinguirse el enterramiento de D. Rodrigo del Rio, regidor de Segovia en 1470, que tallado en pizarra se halla en la capilla de la epístola, contigua á la mayor.

La iglesia de San Nicolás, San Pablo, San Roman, San Facundo, San Andrés, San Justo, San Salvador y otras que no pudimos visitar por la premura del tiempo que permanecemos en Segovia, todas pertenecen próximamente á la época que dejamos fijada, y todas contienen algun objeto digno de estudio. Sin embargo, en todas se encuentran tambien abundantes motivos para lamentar los extravíos de la razón humana. Impotente y falto de medios para crear grandes cosas la reacción artística del siglo XVIII, no se contentó con proscribir cuanto se apartaba de las reglas de Vitruvio ó de Vignola; sino que aspirando á dejar en todas partes huellas de su existencia, todo lo adulteró y corrompió al mismo tiempo. Y no sea esto decir que al predicar la cruzada contra el churriguerismo, al proclamar las máximas greco-romanas, no estuviesen sus encomiadores en su derecho. Lo que nosotros intentamos probar es que la reacción debiera haberse limitado á lanzar las hojarascas de churriguera y aun otros ornatos que no le parecerian bien, de los edificios que nuevamente se construian. Los que salvando los trastornos de nueve y diez siglos, habian logrado sobrevivir y se mantenian firmes como demuestran sus fortísimos muros, esos pertenecian á la historia y debieron haber sido vistos por los partidarios de la reacción con un respeto religioso: al poner en ellos su mano para desfigurarlos, para borrar el sello con que los habian señalado los siglos, no puede negarse que se cometió un atentado, y este es el hecho que precisamente lamentamos.

Hemos manifestado que no se habian dado á conocer todavia estos monumentos, y cuando hemos dicho esto no se ha perdido de vista que D. Antonio Ponz y D. Isidoro Bosarte han tratado, el primero en su *Viaje de España*, y el segundo en su *Viaje artístico*, de las cosas notables de Segovia. ¿Pero qué han escrito sobre la índole y el carácter de la arquitectura de las iglesias mencionadas? Solo tres párrafos les consagra Ponz, concebidos en estos términos:

« En la parroquia de San Miguel, junto á la plaza, hallé una pintura en tabla con sus puertas, en una de las capillas del lado de la epístola, cosa acabadísima en el estilo alemán del tiempo de Durero, y representa el *Descendimiento de la cruz* (1). El retablo mayor es de mejor forma de los de casi todas las demás parroquias á donde ha cundido la talla disparatada como en las otras iglesias.

« Pocos de estos retablos, que llaman vejstorios, se han libertado de tan infeliz reforma, y hemos oido que si el párroco de la iglesia de San Miguel no se hubiera opuesto, hubiera sucedido lo mismo con el de su parroquia. En la capilla mayor de la de San Martin hay dos cuadros colaterales pertenecientes á la vida del Santo, y están firmados, Amayo 1682, y segun aquel estilo son las pinturas del retablo. En la de San Justo y Pastor se conserva un cuadro de Francisco Camilo que representa el *Descendimiento de la cruz*, y en una capilla llena de ojarascas enseñan una antigua imagen de Jesucristo difunto, que se dice hecho por Nicodemus, lo que si así fuera probaria que absolutamente carecia de conocimientos en el arte, pero esto no impide á la devoción.

« Omito hablar de otras iglesias de Segovia, en donde lo mas son obras de las que Vd. siente tanto que se hayan hecho con gran desdoro de las bellas artes, y que se hayan gastado en ellas caudales de los que hu-

bieran bastado para hacerlas de buena forma y acaso de mejor materia. Pero no quiero dejar de decir á Vd. como en las iglesias de San Juan en la capilla que llaman de los *Linajes*, están los sepulcros de los célebres capitanes segovianos Dia Sanz y Fernan Garcia conjuntadores de Madrid en tiempo del conde Fernan Gonzalez y el rey D. Ramiro II. Tambien por lo que toca á nuestros asuntos pontificales, sepa Vd. que en la parroquia de San Esteban yace el doctor D. Juan Sanchez de Zuaco, segoviano, oidor mayor del Consejo del rey, como dice su letrero en la capilla de la Magdalena, murió año 1437, y fué el que fabricó el puente de Zuaco en la Isla de Leon, camino de Cádiz. »

Hasta aquí D. Antonio Ponz: sus observaciones que ponen desde luego en claro los principios bajo cuya influencia juzgaba las obras de las artes, hacen relación exclusivamente á la parte de ornamentación móvil, contenida en algunas parroquias de Segovia: la arquitectura de aquellos templos ni atrajo por un momento sus miradas, ni á haberlas atraído, se hubiera logrado tal vez otra cosa que rígidas censuras, atendido el espíritu reaccionario que movia su pluma. Don Isidoro Bosarte, acaso con mayores pretensiones que Ponz sobre este punto, confundia las épocas y los pasos dados por el arte de edificar, tan lastimosamente como se advierte por las siguientes líneas, que despues de haber dado una definición harto peregrina y contradictoria de la arquitectura gótica, y de haber asentado que la iglesia de Vera Cruz (de que despues se tratará) es la mas antigua de aquel género que habia visto en Segovia, escribe: « Antes de hablar de la catedral indicaré » las obras de estilo gótico que hay dentro de la ciudad » y en el arrabal, por parecerme que la catedral es la última de aquel estilo. Parroquias góticas son en la ciudad San Miguel, San Esteban, San Quirce, San Nicolás, La Trinidad, San Facundo, San Roman, San Martin, San Andrés, San Sebastian, San Pablo, San Juan. » En el arrabal, son parroquias góticas Santa Colomba, San Justo, San Salvador, Santa Eulalia, Santo Tomás apóstol, San Millán, San Clemente, San Lorenzo, San Marcos. Conventos de religiosos en la ciudad son » góticos San Agustin, y la capilla mayor del convento » de la Merced. En el arrabal son góticos el de Santo Domingo; pero su iglesia es moderna, y la iglesia » de las monjas del Corpus. En el arrabal son góticos » San Antonio el Real y San Vicente. — De todos estos » edificios no se puede hacer un juicio igual, por pertenecer á distintos tiempos desde aquel siglo XIII en » que empieza la serie del estilo gótico en las iglesias » de esta ciudad, hasta el renacimiento de las artes, en » que aquel estilo se fué dejando. »

Lástima causa verdaderamente el ver como unos hombres que aspiraban al título honroso de críticos en materia de artes, confundian de tal manera las cosas y desconocian los trámites por donde habia pasado la arquitectura hasta llegar al siglo XIII, en que no apareció ciertamente con la forma redonda como supone aquí Bosarte, sino con la piramidal, como han observado cuantos autores han escrito de estas materias, y se observa constantemente en el examen de los edificios. Decir, pues, que las iglesias parroquiales citadas, á excepción de la de San Miguel, que debe ser fruto del siglo XIV, son posteriores al XIII, no solo no era ilustrar la historia del arte arquitectónico en Segovia, sino cometer un anacronismo imperdonable siempre, y mas en un escritor que estaba por otra parte dotado de tan buen juicio, como se advierte á pocos renglones de los transcritos. — « Los edificios, dice, mas considerables » de estos que he referido, son en la ciudad las parroquias de San Esteban y San Miguel, y en el arrabal » el monasterio del Parral y en el convento de Santo Domingo: San Esteban tiene una bella torre muy » horadada de ventanas: su figura es cuadrada; por » cada una de sus cuatro esquinas está como achafanada con una columna delgada que hace buen efecto. » Tiene la iglesia un pórtico contiguo á ella segun la » costumbre laudable de algunas iglesias góticas. Sos- » tienen el pórtico columnas pareadas con chapiteles » caprichosos, y puede sospecharse que no se hizo de » una vez, porque las columnas son muy desiguales » entre sí y su piedra de diferentes canteras. El espíritu de partido era, pues, el motivo de notarse en estos » autores tal desvío, y este desden, la causa de que con- » fundieran, como va apuntado, las épocas y los géneros, quedado incompletas todas sus investigaciones. »

No ha sido posible, pues, que el mundo artístico haya tenido noticias exactas de los monumentos referidos que constituyen una de las mas interesantes épocas de las artes, y precisamente á tan importante propósito se dirigen nuestros deseos.

Réstanos hablar de un monumento digno de toda estima, que si bien por los datos que existen es posterior al siglo XII, participa hasta cierto punto del mismo carácter que los templos mencionados. La iglesia titulada de la *Vera-Cruz*, por haber contenido una reliquia del sagrado madero, ofrece en verdad no poca materia de estudio. — Hállase situado á cierta distancia de la población á la entrada del camino que se dirige á Zamarramala; á cuyo curato ha estado aneja hasta los últimos años: segun la inscripción que se contempla en la iglesia, aunque tapada ahora por una capa de cal ó yeso, fué en 1204 dedicada: la leyenda de que se trata, dice así:

*Hæ sacra fundantes celesti sede locentur
Atque suberrantes in eadem consociantur
Dedicatio Ecclesie, Beati servi Christi
Adus Aprilis, Era MCCLII.*

(1) Esta tabla es en efecto digna del mayor aprecio, tanto por su mérito como por la época á que pertenece. El juicio de Ponz en este punto es acertado y nos complacemos en venir con él; ojalá en todo fuera lo mismo.

D. Diego Colmenares afirma en la *Historia de Segovia*, que este templo fué construido por los templarios en el año que la dedicatoria indica, añadiendo: « que su fábrica es al modelo mismo del templo del Santo Sepulcro de Jerusalem. » Sin que juzguemos necesario el detenernos á apuntar que Colmenares tuvo tanta razon para decir que la iglesia de *Vera Cruz* estaba trazada á semejanza de aquel templo, como el doctor D. Cristóbal Lozano, para asegurar en sus *Reyes Nuevos* que la planta de la catedral de Toledo era idéntica á la del templo de Diana en Efeso, todavía debe observarse que de la lápida dedicatoria no se deduce legítimamente que se terminó aquel edificio en el año citado. — Lástima es ciertamente que se carezca de otros documentos para aclarar estos hechos. De todas maneras, hay que convenir en que la *Vera Cruz* estuvo largo tiempo en poder de la orden del Temple, hasta que en 1312 se adjudicó al priorato de San Juan, en consecuencia de la estrepitosa extincion de aquella. La planta de la iglesia es, pues, duodecagona, rompiendo las tres ochavas de la parte oriental, tres ábsides prolongados, únicas capillas que la decoraron en un principio. Hallase en el centro del templo un muro, que conservando la misma forma total de la planta, sirve de eje á los arcos que sostienen la bóveda, presentando al par un hueco, dividido en dos cuerpos por otra fortísima bóveda. En el segundo cuerpo, al cual se sube por una escalera colocada al Norte, se encuentra una especie de urna entrelarga, exornada de toscas y sencillas labores, y puesta en el centro, viéndose alrededor un poyo de piedra; todo lo cual ha dado margen para creer que era este el coro de los antiguos caballeros, añadida la circunstancia de haber en la ochava, que pertenece á la capilla Mayor, una abertura ó ventana, desde donde podian contemplarse los divinos oficios. En todo este templo reina la forma redonda que preponderó hasta mediados del siglo XII, no hallándose la indicacion mas leve del *arte ojival* que adquirió despues tan cumplido desarrollo; y esta observacion que salta desde luego á la vista hace aun mas sensible la falta de documentos sobre la época verdadera de su fundacion. Tal vez levantado este edificio á fines del siglo XII, intentasen los fundadores darle cierto aire de antigüedad, para prestarle todo el prestigio posible; en esta suposicion puede considerarse como un recuerdo del arte que declinaba ya para ceder el puesto á otro nuevo que habia de producir tantos prodigios. Causa pena finalmente que la ignorancia del último cura que tuvo á su cargo esta iglesia, haya cubierto de yeso, sin duda para *hermoscarlos*, sus muros y columnas, lo cual puede, no obstante, corregirse fácilmente. En la capilla Mayor existe aun un retablo con curiosas tablas del siglo XV, documentos estimables para estudiar la historia de la pintura.

Otros muchos objetos encierra Segovia dignos del estudio y del aprecio de los inteligentes. Ya hemos hablado de la iglesia del Parral. De la iglesia del convento de San Francisco llamada de *Santa Cruz*; de la Catedral tal vez la última fábrica del género gótico-germánico de Europa: del célebre Alcázar, cuyos techos mozarabes traen á la memoria otras mas puras producciones del arte arábigo; del famoso acueducto y demás antigüedades romanas; de las casas de ayuntamiento y de otros monumentos notables, Ponz, Bosartes, y D. Andrés Gomez Somorrostro, han dicho lo bastante para que puedan ser conocidos. Por estas razones hemos creído que debiamos limitarnos á manifestar y hacer patentes los monumentos verdaderamente estimables que por fortuna quedan aun en la ciudad predilecta de Enrique IV, los cuales dan á conocer una de las épocas que mas interés inspiran hoy á cuantos se dedican á esta clase de estudios é investigaciones.

Antes de terminar estas indicaciones, apuntaremos, que hay en Segovia algunos edificios particulares, entre los que no deben olvidarse el palacio de D. Enrique IV, si bien maltratado y desfigurado ya, la casa de Peñalosa sita en la plaza de San Roman, la de los marqueses del Quintanar y del Arco, la del conde de Uceda, y otras fábricas, que perteneciendo á diferentes épocas de las artes dan á conocer las diversas modificaciones que ha sufrido en ellas el gusto. Entre estas casas particulares no omitiremos el hacer mencion de la que habita un herrador en la calle de San Francisco, en cuyo patio se encuentran varios bajo-relieves, fruto del siglo XVI, tallados en piedra, que por su mérito atraen sobre sí las miradas de los inteligentes. Estos relieves que habrán de perderse indudablemente por el estado ruinoso de la galería en que sirven de antepecho, seria bien adquirirlos para el Museo Nacional, que tan escaso se encuentra de esta clase de obras, lo cual no nos parece difícil atendido el poco aprecio en que su dueño los tiene. En Segovia creen personas inteligentes que estos bajos relieves pertenecen al arte romano y á la brillante época de Augusto; pero los que así opinan no han echado de ver que representan pasajes de la *Historia Sagrada*, y han olvidado el carácter de la escultura romana y el de la escultura del *renacimiento*. Por nuestra parte ninguna duda abrigamos, respecto á la época á que estos relieves pertenecen: lástima es sin embargo que se ignore el nombre de su autor, y mas que todo que permanezcan enteramente desconocidos de los artistas, por lo cual, como hemos apuntado, seria muy conveniente adquirirlos para el Museo Nacional que bien ha menester de semejantes producciones.

Por la breve reseña que llevamos hecha, comprenden los verdaderos artistas, aquellos que hayan estudiado la historia del arte de la arquitectura y seguido paso sus progresos y lamentado sus aberraciones, que

los monumentos existentes aun en Segovia, aunque desfigurados ya y desnaturalizados por la intolerante ignorancia de las escuelas exclusivas, forman todavía una página brillante en verdad, de la historia de la civilizacion castellana, revelando al par el estado de cultura de nuestros mayores y sus hábitos y costumbres religiosas. La historia del arte de edificar, tan desdeñada por los que podian comprender las excelencias de un género, cuyo número es altamente injustificable, halla tambien en Segovia una extensa página, en donde á través de las nieblas que han producido las innovaciones sufridas por los edificios, se leen aun con inequívocos caracteres los procedimientos del arte, durante el largo espacio de dos siglos, cuyos monumentos escasean ya, y se estudia el desarrollo del arte *bizantino* y sus transformaciones, notándose la influencia del *lombardo* y viéndose al cabo desenvuelto y majestuoso el *gótico-germanico*.

Como nuestro objeto al dar á luz estos artículos ha sido solamente el de manifestar el mérito de las construcciones que existen en la antigua capital de la Extremadura alta, anteriores al siglo XIII, no nos ha parecido conveniente extendernos demasiado al tratar de estos monumentos.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

Expedicion de Crimea.

Acabamos de recibir las siguientes correspondencias sobre el desembarco de las tropas aliadas, con los dibujos que las acompañan; y extractamos de ellas algunos pormenores para insertar íntegros los documentos oficiales.

«Bahía de Kalamitz (Crimea) 14 de setiembre.

» La bandera francesa está plantada ya en el territorio ruso desde esta mañana á las ocho, sin que hayamos encontrado para ello ningún obstáculo. El desembarco se ha efectuado de un modo muy notable, y los franceses han podido ver que su marina es mas ligera que la de los ingleses. En la segunda embarcacion iba el príncipe Napoleon; la primera estaba mandada por un teniente de marina cuyo nombre ignoro. A medida que desembarcaban las tropas, marchaban en sus direcciones reciprocas; todo se hizo con mucho orden y sosiego, si bien es de advertir que no se encontraron enemigos.»

« A bordo del *ROLAND*, delante de Sebastopol, 17 de Setiembre.

» Acabo de practicar un reconocimiento de la costa que se extiende desde la bahía de Kalamitz, donde hemos desembarcado hasta Sebastopol, y hemos podido ver la naturaleza del terreno y la posicion de las tropas rusas. Se puede abordar casi por todas partes, y la marina puede hacer muchísimo. Hemos disparado dos cañonazos para medir la distancia de la costa y el resultado ha sido satisfactorio. Los rusos se han fortificado en dos alturas dejándonos paso por en medio; pero detrás de esas alturas hemos visto otro campo que nos ha parecido mas considerable que el primero en un valle perpendicular al agua; luego no habia nada, y por último descubrimos á Sebastopol dominado por el fuerte Constantino, que me ha parecido bastante considerable, y defendido por sus baterías á la entrada del puerto. No hemos hallado cañones en la costa, y solo pudimos distinguir algunas aldeas miserables y algunos campesinos que nos miraban con asombro, pero que seguian trabajando en recoger sus mieses, como si no comprendieran bien lo que pasaba. Envio á Vds. dos dibujos que he hecho durante el día, con una vista de Eupatoria, el punto en que tomamos conocimiento de la costa, y donde hicimos 150 prisioneros, pobres diablos abandonados en una ciudad abierta. El campamento ruso que hemos visto, parece destinado á proteger el país oponiéndose al paso del Alma, que es un arroyuelo con nombre de rio; ahí va á tener lugar sin duda el primer choque con los rusos.»

Hasta aquí las cartas de los corresponsales; ahora vamos á tomar del *Monitor* del 30 de setiembre los partes oficiales que remite al gobierno francés el vice-almirante Hamelin sobre el viaje y el desembarco de las tropas aliadas en Crimea. Dicen lo siguiente:

Ville de Paris.—En alta mar, 12 de setiembre de 1854.

Señor ministro:

Por mi despacho de 3 de setiembre que tuve la honra de remitir á V. E. estando en alta mar y aguardando á la escuadra inglesa, puse en conocimiento de V. E. que en aquel día ó en el siguiente creia yo podria reunirme al almirante Dundas, el cual, así como los dos convoyes remolcados por barcos de vapor, no lo han hecho hasta el día 8. El convoy francés que estaba pronto á salir el 5, tuvo naturalmente que aguardar al inglés á fin de no consumir inútilmente su carbon. Cuando esta reunion se verificó, los buques franceses y turcos en número de 21 estaban ya á la altura de la entrada del Danubio.

El 8, día de la reunion de todas estas fuerzas, hubo á bordo del *Caradoc* una conferencia entre los almirantes y los generales de las escuadras y los ejércitos aliados, y en ella se convino que, antes de determinar de

una manera definitiva el punto de desembarco, fuese una comision compuesta de oficiales generales de tierra y de mar á reconocer el litoral de Crimea desde el cabo Quersoneso hasta Eupatoria, con el objeto de enterarse de los preparativos de defensa que allí tenia hechos el enemigo. A consecuencia de esto, salió para la costa de Crimea la corbeta de vapor *Primaquet*, llevando á su bordo el general de division Canrobert, al de estado mayor Mantimprey, al de artillería Thierry, al de ingenieros Bizot, al contra-almirante Villaurmer, y á los coroneles Trochu y Leba, en compañía del *Caradoc* á cuyo bordo iban los generales ingleses, lord Raglan, Burgoine y Brown, y del navío *Agamenon* que conducia al contra-almirante Lyons. A esta pequeña division con el objeto de impedir á los rusos que pusieran obstáculos á las operaciones de los oficiales exploradores, se agregó el *Sampson*.

El 10 por la mañana llegaron estos cuatro buques á la península de Quersoneso, donde vieron que existia un campamento ruso bastante numeroso, y recorrieron despacio y de cerca todo el litoral comprendido entre el cabo Querson y el cabo Lukul. Ningun cambio hasta entonces habia ocurrido en la situacion anterior del puerto de Sebastopol y de los buques rusos; pero desde el último reconocimiento practicado, habianse establecido nuevos campamentos de artillería en las posiciones principales de Quersoneso y de los rios Katcha y Alma. En no ménos de 30,000 hombres valoraron los oficiales de estado mayor el número de las tropas acampadas en toda aquella parte de la costa, la cual fué explorada por la comision con mucha prolijidad y desde muy cerca de tierra.

Los cuatro buques, prosiguiendo su rumbo por el litoral desde el Alma hasta Eupatoria, descubrieron hacia la parte media de la costa que separa estos dos puntos, una playa situada á los 45 grados de latitud, y muy favorable á un desembarco de tropas.

Además de esto, despues de haber circuido, á corta distancia siempre, la bahía de Eupatoria, reconocieron los oficiales exploradores que la ocupacion de este pueblo seria muy útil para servir de punto de apoyo á los ejércitos y á las escuadras, y que un lazareto muy grande y bien cerrado que allí habia, podria, en caso necesario, servir de reducto á las tropas desembarcadas. En vista de esto, reunió lord Raglan la comision de oficiales generales de tierra y mar arriba indicada, y he aquí las resoluciones que salvo la aprobacion reservada del mariscal, que se hallaba á bordo de la *Villa de Paris*, y de los dos almirantes en jefe, se tomaron.

1.º Que el desembarco, en vez de efectuarse bajo el fuego del enemigo en las bahías de Katcha y del Alma, se verificase en la playa que media entre estos dos rios y Eupatoria, en el punto indicado en la costa, Fuerte viejo (paralelo de 45º de latitud).

2.º Que en el mismo día se procediese á la ocupacion de Eupatoria con 2,000 turcos, un batallon francés y uno inglés, auxiliados por dos buques franceses y uno turco. Este pueblo no tiene defensa de ningun género, y ni aun parece seguro que en él haya guarnición.

3.º Que tres ó cuatro dias despues del desembarco, se pusiese el ejército en marcha hacia el Sur, apoyando su derecha en el mar y en una escuadra de quince navíos ó fragatas de vapor que debian seguirle por el litoral para protegerlo con su artillería y asegurarle vituallas.

Tal es, señor ministro, el estado en que nos hallamos. Estas proposiciones han sido aceptadas por el mariscal y los almirantes jefes, y en este momento vamos haciendo rumbo al punto elegido para el desembarco, del cual nos hallamos ya á pocas millas de distancia.

A hacer á la comision decidirse por este punto ha contribuido mucho la circunstancia de su proximidad á un pueblo de alguna consideracion y á hermosas praderías cubiertas de pías de ganados.

No ménos fértil en pastos ni ménos abundante de ganados parece ser la costa que separa este punto del rio Alma. Haga el cielo que á oponerse á las comunicaciones entre la escuadra que ha de costear este litoral, y la derecha de nuestro ejército, no vengán vientos ni mares contrarios.

Soy con profundo respeto, etc.

El vice-almirante, jefe de la escuadra del Mediterráneo,

HAMELIN.

Postdata. — 13 de setiembre de 1854.

Anoche se levantó una violenta borrasca de N. E. que retrasó la marcha de algunos grupos de nuestros buques de transporte remolcados por navíos y fragatas de vapor. Hoy al mediodía, en el momento de cerrar este pliego, acabo de anclar en la bahía de Eupatoria, y están dadas las órdenes para que por todos lados salgan buques de vapor á remolcar y acompañar á esta bahía los transportes rezagados. Espero que de aquí á algunas horas estén todos reunidos aquí, y que por la mañana, si el tiempo se pone bueno, podremos dirigirnos hacia el punto convenido para efectuar el desembarco.

La escuadra inglesa está en disposicion de anclar tambien esta noche cerca de nosotros en la misma bahía de Eupatoria, de la cual se encuentra á algunas millas nada mas.

Ville de Paris, costas de Crimea 16 de setiembre de 1854.

Señor ministro:

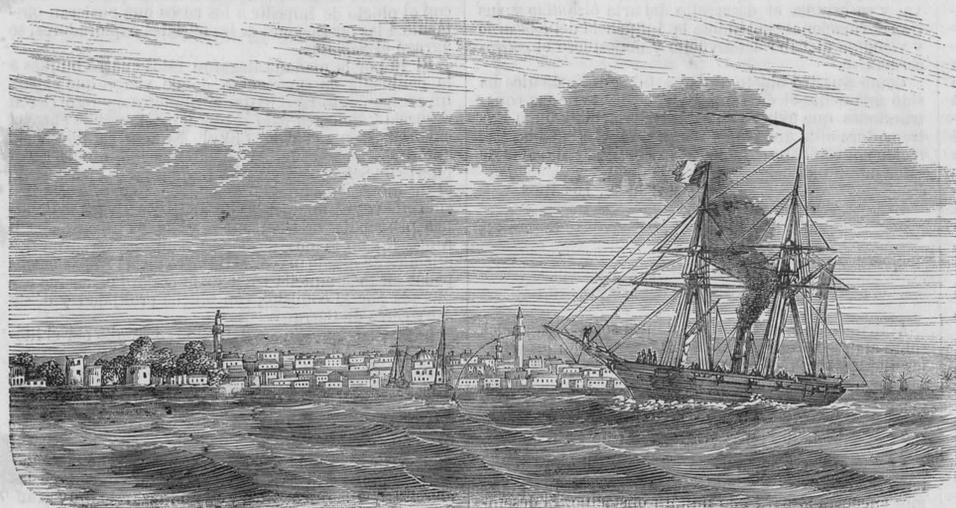
Hacia ánimo de salir con las escuadras á la bahía de Eupatoria, para ir al amanecer á echar anclas de-

lante de la playa de Fuerte Viejo, situado en la costa occidental de Crimea, á siete leguas al Norte de Sebastopol. El buen tiempo que en la noche del 13 al 14 sucedió á la borrasca de la anterior, nos ha permitido en efecto verificar este movimiento.

A las dos y media di á la escuadra francesa la señal de aparejar; otro tanto hizo con la inglesa el almirante Dundas, y en un momento estaban uncidos á los buques de vela los vapores que los habian de remolcar. A V. E. parecerá difícil que semejante operacion, mas complicada todavia por efecto de la aglomeracion de los doscientos cincuenta buques que componian las es-

cuadras combinadas, haya podido llevarse á cabo sin accidentes y aun sin averías. Así, sin embargo, ha sucedido, gracias á la habilidad y á la asidua vigilancia de todos los capitanes franceses é ingleses.

A las siete echó anclas la *Ville de Paris* en el paraje que le habia sido indicado. En imitar este movimiento, no tardó el resto de la escuadra. Y desde aquel momento no hubo buque de vela, no hubo fragata de vapor que no desplegara extraordinaria actividad para llenar su cometido. Es adjunto el diario histórico que hora por hora ha llevado mi primer ayudante el teniente de navío Gaznault. Examinándolo, verá V. E. que se han

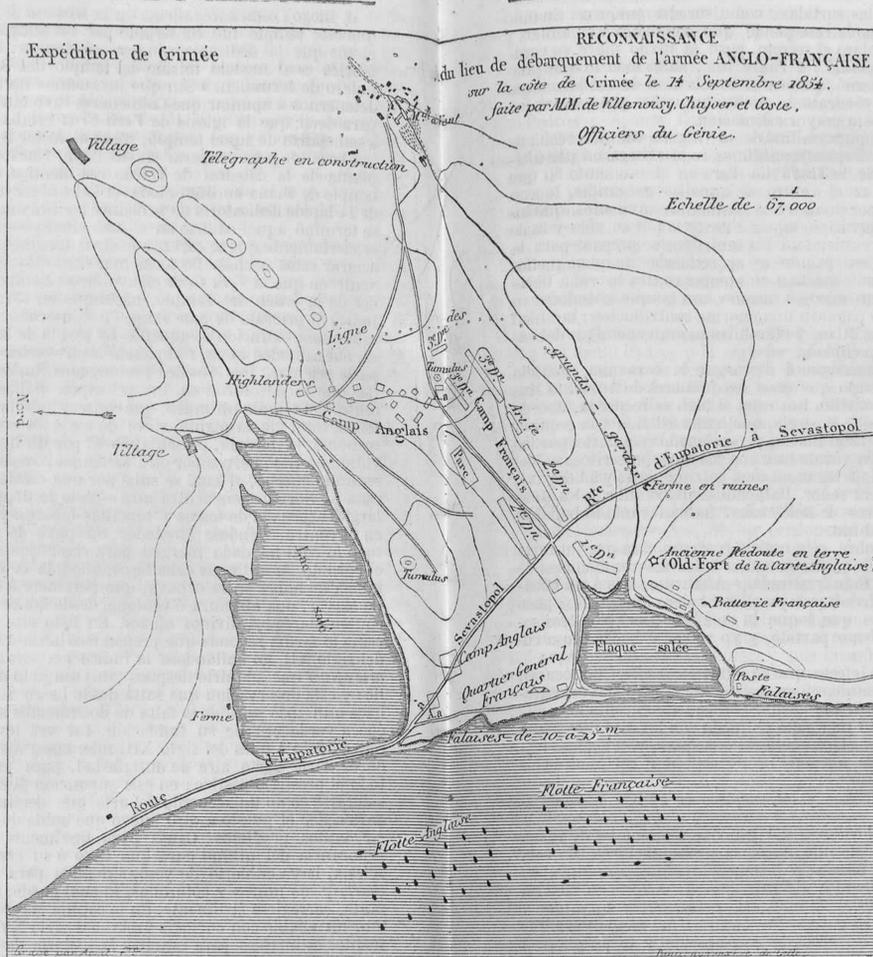


Reconocimiento de Eupatoria.

ejecutado al pié de la letra casi las prescripciones de mi orden, número 336, de que ya di cuenta á V. E.

Bien que el enemigo no se hubiese dejado ver en la playa, creí deber enviar inmediatamente á fondear por la parte de Sur del punto de desembarco cuatro lanchones de los navios de tres puentes provistos de artillería y de cohetes á la congreve. Igualmente para proteger el desembarco de las tropas, dado caso que el enemigo se presentase, mandé una fragata y dos avisos de vapor.

Desde aquel momento, quedó asegurado el desembarco, al cual, á las ocho y cuarto, di orden de proceder. Hacia la playa, donde ya ondeaba el gallardete francés de un buque, y donde á poco plantaron el general Canrobert y el contra-almirante Bouet-Willaume las tres banderolas que indicaban los puntos donde debian desembarcar las tres divisiones, se dirigieron entonces una porcion de buques de la escuadra cargados de soldados y muy principalmente de la primera division.

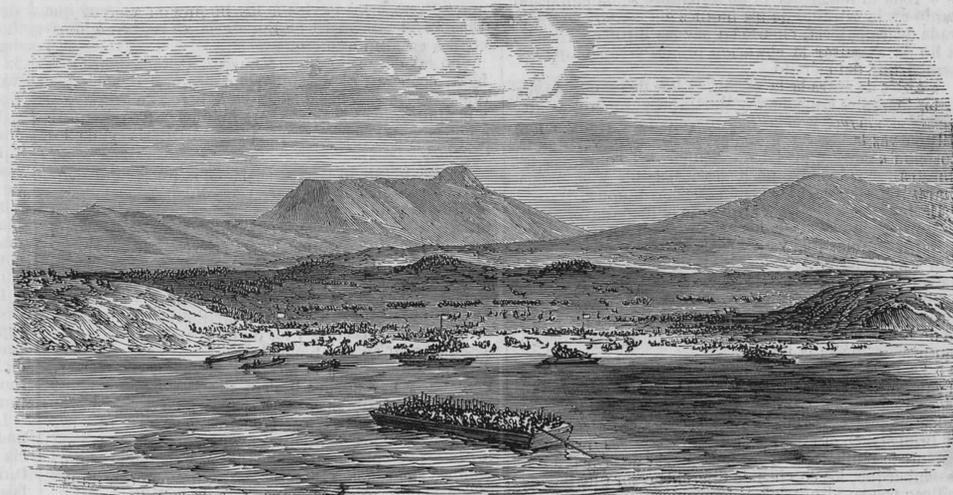


A las ocho y media continuaba sin interrupción y con una actividad prodigiosa el desembarco y la llegada de las tropas francesas y de la artillería de campaña. Remito á V. E. un dibujo que podrá darle idea de la operacion del desembarco y del golpe de vista de la playa.

A las diez menos cuarto, desembarcó el ejército inglés con la misma facilidad. A todo esto se dejaba oír en la bahía de Katcha, á tres leguas al Sur del puerto de desembarco, el estampido del cañon. Causábalo un ataque simultaneamente dirigido contra aquel punto por cinco fragatas y corbetas de vapor francesas, cargadas de tro-

pas de la cuarta division, y tres fragatas inglesas. A las doce y media estaban en tierra nuestras tres divisiones y 18 bocas de fuego, es decir, casi todo el ejército, en cuanto á personal. Por orden mia entonces, aunáronse todos los esfuerzos de los buques para efectuar el desembarco de un escuadron de epais, del resto de la artillería de campaña y de todos los caballos de los estados mayores. Con el suyo desembarcó, á las dos, el señor mariscal, no sin haber estado hasta entonces observando todos estos movimientos desde la *Ville de Paris*.

De noche ya, llega de Katcha la cuarta division al



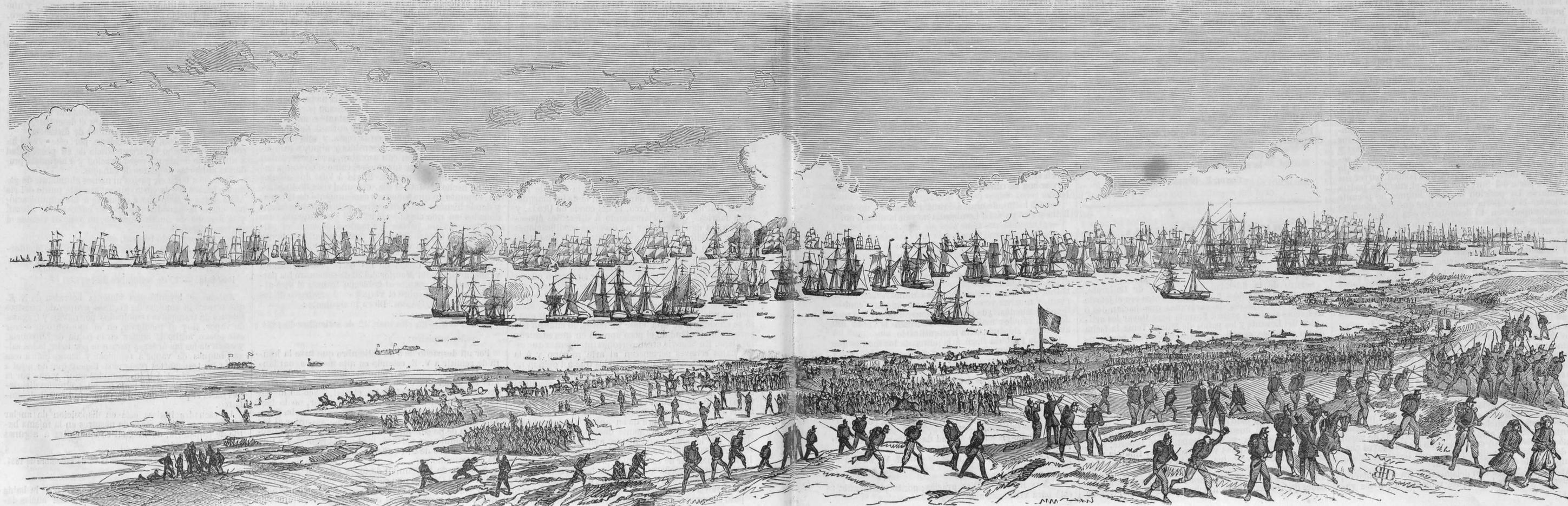
El golfo de Kalamita.

fondeadero de las escuadras, y al dia siguiente ella y las tropas turcas desembarcaron con la misma suerte, bien que con mayores dificultades, en razon á la marejada promovida por los vientos de Este. Entre Fuerte Viejo y la playa se situaron, segun lo manifiesta el croquis que envío á V. E., las tropas francesas é inglesas.

Hoy completamos el desembarco de los caballos y del material que necesita el ejército para ponerse por la costa en camino de Sebastopol, lo cual probablemente

se efectuará mañana. Al ejército seguiré yo con nueve buques de vela y otros tantos avisos y fragatas de vapor. El resto de la escuadra va á salir en direccion de Varna, para embarcar 9,000 hombres y 900 caballos. Es probable que en el paso del Alma tendrán los ejércitos combinados un primer combate con el enemigo, y una batalla en el del Belbeck. Con la artillería de los buques apoyaré yo las operaciones del ejército.

Eupatoria, donde ninguna tropa rusa, ni ningun me-



Desembarco de las tropas aliadas en la playa de Kalamita

dio de defensa habia, se ha rendido á discrecion. Allí dejo al navio *Jena* para proveer de agua á la escuadra.

Soy etc.

El vice-almirante, jefe de la escuadra del Mediterráneo,
HAMELIN.

Es á continuacion el diario de operaciones del ejército expedicionario que, á bordo de la *Ville de Paris* ha escrito el teniente de navio Garnault, primer ayudante de campo del comandante en jefe de la escuadra francesa del Mediterráneo, y tal como se ha comunicado por el almirante Hamelin al gobierno frances:

« Toda la noche del 13 de setiembre se ha empleado tanto en la reunion de los buques del convoy sobre la rada de Eupatoria, cuanto en dar las últimas órdenes, á fin de asegurar la ejecucion pronta y rápida del desembarque del ejército.

» Antes de entrada la noche, el jefe de estado mayor y los jenerales Canrobert y Martinprey, toman los buques *Primauguet* y *Mouette* y marchan á reconocer por última vez la costa y á indicar á estos dos vapores la posicion exacta que debian ocupar las columnas de nuestra escuadra. La noche está apacible y se presta maravillosamente á la mision de estos buques.

Hecho esto, á las dos y media de la mañana, el almirante manda disparar dos cohetes, para indicar al almirante Dundas que va á aparejar. Inmediatamente á esta señal convenida se da á toda la escuadra orden de hacerlo, y, poco despues, navios y fragatas de vapor, amarrados unos á otros, parten con el mayor orden en direccion á la playa del desembarque y dejan en la rada de Eupatoria todos los buques del convoy que deben reunirse hasta la noche.

» La *Ville de Paris*, remolcada por el *Napoleon*, va á la cabeza, seguida de los demás navios y rodeada del *Ajaccio*, el *Berthollet* y el *Dauphin*, dispuestos á llevar á todos los puntos de la línea las órdenes del almirante. El *Primauguet*, el *Caton* y la *Mouette* son los primeros con mision de colocar á corta distancia de la playa del desembarque, los corchos de diferente color que han de indicar por su alineacion el fondeadero de nuestras columnas, determinado la víspera por el *Primauguet*.

» La escuadra inglesa, bajo el viento de nuestra línea, se dirige á la vela hácia la bahía de Katcha, donde el almirante Dundas debe simular un ataque con el objeto de llamar la atencion del enemigo. Al lado de nuestra escuadra se extiende el convoy inglés precedido por los navios de vapor *Agamemnon* y *Sanspareil*.

» Al ser de dia, estas largas filas de buques de todas magnitudes, marchando silenciosamente, ofrecen un espectáculo de los mas imponentes: oficiales, soldados y marineros tienen la vista fija en la orilla.

» A las siete de la mañana, el almirante Hamelin señala á los buques que la escuadra anclará segun el plan convenido, y á las siete y diez minutos, la *Ville de Paris*, largando sus remolques, deja caer el ancla en el puerto determinado delante de la playa.

Las barcas y las canoas se echan al agua inmediatamente; los barcos chatos, desembarcados desde el dia antes se encuentran dispuestos, y á las siete y cuarenta minutos, á la señal del almirante, comandante en jefe, comienza el embarque de todas las tropas de la primera division para saltar á tierra.

Aunque por esta parte no se nota movimiento alguno, y aun cuando no aparece tropa enemiga, las barcas de los cuatro navios de tres puentes, barcas armadas en guerra y aprovisionadas de cohetes á la congreve, desde el instante en que el ancla tocó en el fondo, se han dirigido hácia la playa. Dos toman posicion en el ángulo Nord-Este, y las otras dos en el ángulo Sur; sus fuegos se cruzan con los del *Descaros*, *Primauguet* y *Caton*, á los que el jefe de estado mayor mandó ir, segun las órdenes del almirante, á emboscarse todo lo mas cerca de tierra, de manera que podian barrer sus obuses la parte del Sur, por donde el enemigo podria presentarse. La posicion de estos buques les permite desmontar la artillería enemiga que quisiese oponerse á nuestra operacion. El desembarco está por lo demás, asegurado; los vigías colocados en lo alto de los mástiles, no señalan movimiento alguno de fuerzas enemigas.

A las ocho y diez minutos se da la orden de salir á tierra, y los barcos chatos parten hácia la playa; todos rivalizan en ardor para llegar el primero. El *Ajaccio*, el *Dauphin* y la *Mouette* remolcan las embarcaciones cargadas de nuestros soldados; un bote de la *Ville de Paris* conduce á la orilla al contra-almirante Bouet Willaumez y al general Canrobert; el capitán de navio Anne-Daportal, se dirige por otro lado á la playa.

A las ocho y media, el pabellon francés, fijado en uno de nuestros cañones, ondea sobre el territorio de Crimea, y al instante se ven los guías donde se deben formar las diferentes divisiones. El destacamento de infantería de la *Ville de Paris*, marineros y artilleros de marina se colocan á la parte del Sur, al mando del capitán de fragata de la *Ville de Paris*.

A las nueve y veinte minutos, nuestras tropas desembarcan en masa y todas á la vez; y no bien han desembarcado cuando ya están formadas. Toda la primera division está en suelo enemigo; á los pocos instantes cuenta con toda su artillería, que las corbetas de vapor *Pluton* é *Infernal* han desembarcado en los barcos chatos designados con anticipacion y que llegan al mismo tiempo que la division á la playa.

Apénas los barcos han dejado en tierra los soldados, vuelven á bordo de los buques remolcados por los va-

pores *Roland* y *Lavoisier*, y otras dos corbetas tambien de vapor.

La segunda y tercera division, artillería é ingenieros salen á tierra sin interrupcion; el desembarco se hace con una celeridad prodigiosa y casi matemáticamente, como estaba prescrito en la órden núm. 336.

Ningun incidente viene á alterar ó interrumpir una operacion cuya importancia comprenden nuestros marineros.

A las diez saltan á tierra las tropas inglesas. Desde entónces tenemos un número de soldados tan grande sobre la playa, que no es de suponer que el enemigo trate de impedir nuestro desembarque. El almirante en jefe llama al *Caton* y le da la mision de hacer anclar entre tierra y los navios á los buques del convoy que dejando el ancladero de Eupatoria, se reunen á la escuadra en gran número.

Son las doce: los buques turcos, anclados hace una hora, cooperan al desembarque de nuestros soldados, que en corto número quedan ya á bordo de los navios, y el almirante da la órden para que los barcos chatos se empleen en el desembarque de la artillería y de los caballos.

El jefe de estado mayor acaba de anunciar que dentro de pocos instantes estarán desembarcadas las tres divisiones y diez y ocho bocas de fuego con todo su material. El mariscal, á bordo de la *Ville de Paris*, ve con una satisfaccion notable como se verifican todas las operaciones: ve engrosarse, formarse y ponerse en marcha su ejército, y él mismo se prepara para saltar en tierra y ponerse á su cabeza. Continúa el desembarque: el complemento de la artillería, los caballos de los estados mayores y los de un escuadron de *spahis* desembarcan en este momento.

La calma sucede á la pequeña brisa del Norte de la mañana, y la escuadra inglesa, despues de haberse dirigido un instante hácia la Katcha, viene á anclar cerca de su convoy. Cinco de nuestros vapores y tres ingleses hacen falsa maniobra, proyectada hácia esa parte; se les ve aproximarse á las costas y se oye el estampido de sus cañones. Son las dos, y el general, impaciente de hallarse en la playa, sale de la *Ville de Paris*. El cielo se nubla hácia el Mediodía; nuestros buques han desembarcado enteramente sus tropas. El almirante, previendo el mal tiempo, da órden á los navios mas próximos á la ribera para que vengan á anclar mas á dentro. El *Caton* y el *Roland* los remolcan sucesivamente, y á las cuatro vienen ellos tambien á anclar en medio de nuestra escuadra. Es de noche: refresca el viento de Oeste y comienza á hacerse sentir la marejada.

El mar engruesa en la orilla, haciendo peligroso el desembarque de la artillería y de la caballería. Se da la órden de suspender el desembarque, pero la escuadra ha echado ya á tierra tres divisiones completas de infantería, provistas de víveres para cuatro dias, sus bagajes y caballos, las compañías de ingenieros y todos sus utensilios, y ademas 50 piezas de artillería acompañadas de todo su material, los caballos de los *spahis*, los del general y los del estado. Si la cuarta division no ha desembarcado igualmente el mismo dia, es por hallarse á bordo de los buques de vapor encargados de hacer una falsa maniobra en la bahía de la Katcha, los cuales no se reunen á la escuadra hasta cerrada ya la noche. Han verificado un simulacro de desembarque y cañoneado al enemigo que se ha presentado en la playa. Mañana estará á tierra esta division, como tambien la infantería turca y el resto de material de artillería que hay en nuestras fragatas de vapor.

Por copia conforme al diario del teniente de navio Garnault.

El contra-almirante jefe de estado mayor de la escuadra del Mediterráneo

CONDE E. BOUET-WILLAUMEZ.

MARGARITA PUSTERLA

XVI.

EL DESTERRADO.

Seguro de la fidelidad de Pedrosco de Gallarate, Buonvicino le confió á Pusterla. Pedrosco era el jefe de una de esas especies de caravanas que hacian dos ó tres veces al año el viaje á Francia para llevar los artículos del Levante y los paños de Milan. Tenia la facha de un mozo de cordel, el rostro bronceado por la intemperie, las manos robustas y callosas. Llevaba un justillo sujeto al talle con un cinturón de cuero negro, del que pendia una cimitarra; muchas veces su capucha, calada hasta los ojos, le daba un aspecto tan severo que asustaba. Sin embargo de esto, era el mejor hombre del mundo, llano, amable, pacífico, enemigo de hacer mal á una mosca. Capitán de una banda de muleros, expedicionario ambulante, se hallaba siempre dispuesto á hacer todo con habilidad y discrecion, dotes que poseía. Del mismo modo hubiera llevado una indulgencia plenaria y una sentencia de muerte, una urna llena de reliquias y el precio de la infamia y de la traicion. Esta vez habia cargado su recua con paños de las fábricas de los umiliati de Brera y de la casa de Varez, para llevarlos á Lovaina, á S. dan y á otras ciudades que surten ahora muchos mercados, en vez de

ser ellas las surtidas, como sucedia entónces. Cuando Buonvicino le recomendó que condujera á su amigo y que guardara el secreto, puso la mano sobre su corazon y exclamó: « Padre mio, haré todo lo que pueda; » y tomó á su cargo esta mision de confianza con tanta mayor lealtad, cuanto que veia que Buonvicino gozaba de la mayor estimacion.

Fueron pues camino de la Valgana con una recua de mulos, y despues de algunos rodeos llegaron por último al valle de Travaglia. Pero en el momento en que se veian en el centro de aquellas gargantas, fueron atacados por una partida de hombres avinados, que hicieron al principio temer á Pusterla por su vida y la de su hijo: reuniendo á los muleros se preparó para la defensa. Pero pronto se apercibieron de que aquellos hombres no pensaban en atentar contra su vida. Dejábanlos continuar su camino, con tal que abandonaran la recua ó pagaran una enorme contribucion; tambien venian de Milan, y ellos mismos eran enemigos del señor de esta ciudad.

Va comenzaban á descargar la caravana, cuando Pusterla supo que eran los hombres de Aurigino Muralto de Locarno. Era este, si bien se recuerda, uno de los amigos de Pusterla, que habia asistido á la reunion de aquella fatal noche, y condenado á muerte por los Visconti; en vez de huir con los otros proscritos, se habia retirado á las montañas patrimoniales y á Locarno, de donde era señor. Habiéndose aliado allí con los Rusconi, señores de Bellinzona, habia levantado bandera contra Luchino.

Este nombre, esta noticia bastaron para que Pusterla desechara de su imaginacion todas las resoluciones de reposo, de fuga ó retirada. « Augurino, dijo á los hombres de la banda, este es un verdadero amigo mio; ¡desechado del que toque la mas leve cosa! Nosotros somos del mismo partido, y yo vengo á hacer causa comun con él. »

Logró en efecto que aquellos *masnadieri* no tocaran nada, y se embarcó en seguida en el lago Mayor. Parecia que Venturino gozaba con aquella encantadora naturaleza. Un momento se quedó con los ojos fijados como fascinado por tanta belleza, y despues, volviéndose hácia su padre, exclamó: « ¡Si estuviese mi madre con nosotros!... »

Y las lágrimas y los suspiros de ambos se confundian.

Pero si el corazon del niño se alimentaba de amor, su padre tenia además otras preocupaciones. Se veia jefe de una banda de intrépidos montañeses, que aterrarían á Visconti. Pensaba que de victoria en victoria haria capitular á Luchino, recobraría á su mujer y volvería á su patria. En Locarno fué acogido con entusiasmo. Lo recibieron con aparato y le exageraron sus fuerzas. Pero Augurino Muralto era jefe, y para renunciar á su mando era menester mas virtud y ménos impetuosidad que la que tenia el jóven rebelde. Se obsequió mucho á Pusterla, pero no le dieron ninguna autoridad. Perdió sus ilusiones, y deseó alejarse del sitio en que sus amigos, decia él, lo abandonaban y hacian traicion.

Recibió cartas de Buonvicino.

Buonvicino le rogaba que huyera y que no confiara demasiado en las esperanzas de los expatriados. Le recordaba á su mujer y á su hijo, á su mujer, cuya vida podia depender de un movimiento suyo; á su hijo, que debia conservar para su madre. Luego le hablaba de los preparativos de Luchino contra Muralto, que no podria resistirle con un puñado de valientes.

Cediendo en parte á los consejos de la amistad y en parte al despecho del desden, Pusterla salió de Lucarno, donde se burlaban de él tanto como lo habian aplaudido al principio. Penetró, pues, por los Alpes acompañado por el fiel Pedrosco.

Iba este y venia para comunicar las órdenes necesarias á la caravana, volviendo siempre á su puesto para aliviar con su conversacion la tristeza del señor lombardo.

— ¡Oh! dijo, de aquí á Francia vamos de un salto. Bello y rico país. La Lombardia no vale la mitad, no.

— ¿Qué gobierno tiene?

— ¿Qué gobierno tiene?

— Sí.

— Yo no entiendo de esas cosas.

— ¿Y los caminos?

— Los verá Vd. como este, que ha sido hecho por el diablo. Abismos, precipicios, pantanos en la llanura, ladrones en todas partes. Pero los mulos saben donde pisan, y muchas veces se verifica el viaje sin contratiempo. Además, ¿de qué sirve tener miedo? Lo peor de todo son los malandrines. Pedrosco le contó mil aventuras, sin duda para tranquilizarlo.

Cuando Pusterla llegó á la cima de los montes que separan los dos países, se paró y miró por todas partes al cielo y á la tierra. Parecia que le flaqueaban las rodillas.

— ¿Estais malo? le preguntó Pedrosco.

— Aquí acaba la Italia, respondió Pusterla suspirando.

— ¡La Italia! su señoría la volverá á encontrar en Aviñon. Allí, cardenales, siervos, camareros, poetas, bufones, todo es italiano.

— ¿Y conocéis en esa ciudad de Aviñon á Guillermo Pusterla?

— ¿A quién? ¿al arcipreste de Mura? Yo mismo lo he acompañado.

— ¿Cómo está?

— Muy bueno, á Dios gracias; gordo y campante: está para vivir cien años.

— Lo sé, pero pregunto si le favorece el papa, si conoce las desgracias de su familia, y si goza de favor en la corte.

— Tampoco entiendo de esas cosas.

Después de haber residido algún tiempo en París, fué á aquella parte italiana de Francia, según le había dicho Pedrosco. Apenas llegó á Aviñon, preguntó por la casa del arcipreste Mura, su tío Guillermo Pusterla, que lo recibió con toda la alegría imaginable. El dinero que Pusterla tenía colocado en algunas casas de Francia le permitió vivir con arreglo á su fama y nacimiento. Su tío lo relacionó con todos los dignatarios eclesiásticos de Aviñon, y con los que se distinguían por su ciencia, entre otros con Petrarca.

Pusterla había creído siempre que el papa secundaría tarde ó temprano sus proyectos contra Luchino, un acontecimiento inesperado vino á destruir sus esperanzas.

Llegaron á Aviñon enviados de Luchino á pedir el perdón del Santo Padre, y el carácter benévolo de Benedicto XII, incapaz de regatear en un trato, facilitó mucho la reconciliación. El papa levantó el entredicho que pesaba veinte años hacia sobre los milaneses, y Luchino reconoció en cambio la supremacía del pontificado sobre el imperio, su derecho de nombrar cuando vacara este, y su independencia absoluta del poder imperial. Debía además pagar á la Santa Sede un tributo anual de sesenta mil florines.

El arcipreste Mura anunció este suceso á su sobrino.

— ¿Y de los desterrados, de los prisioneros no hace mención el tratado? preguntó Pusterla.

— Ninguna, respondió el arcipreste. El papa recomienda á los señores de Milan que sean piadosos, mas dispuestos á perdonar que á castigar, si quieren que el Señor haga otro tanto con ellos. Pero apenas puedo contener mi alegría, sobrino, al pensar en el regocijo que van á experimentar los milaneses y mis buenos habitantes de Mura, cuando sepan la feliz nueva. ¡Las iglesias abiertas otra vez, los muertos sepultados en tierra bendita, las ceremonias solemnes de la iglesia, que no han presenciado en veinte años, restablecidas!

Al hablar así asomaban las lágrimas á los ojos del buen pastor, pero la buena nueva, según la llamaba, dió muchos disgustos, é hizo pasar muchas malas noches á Pusterla, que veía desvanecidas sus esperanzas.

Ramengo llegó en este intervalo á Aviñon, y se presentó á Pusterla como amigo suyo. Con efecto, era un antiguo cliente de su familia, á quien había favorecido mucho. Ramengo había sido esposo de aquella Rosalía que le había inspirado tanta compasión, si acaso no era amor. Su enormes crímenes, sus tentativas contra el honor de Margarita no le eran conocidos. Respecto de su última traición, Alpinolo se había echado á sus piés con intención de confesarle su propia debilidad y la criminal perfidia de Ramengo. Pero para acudir á buscar á Margarita había interrumpido su confesión, y si no se hacen este género de declaraciones en un momento de calor, la reflexión quita luego el valor necesaria para ello.

Apenas vió á Ramengo, nuestro desterrado se acercó á él con cordialidad, y le dijo:

— ¿Venís por nuestro gusto ó obligado?

— Mitad por gusto y mitad por violencia, contestó Ramengo. Y forjó todas las mentiras imaginables para inspirar compasión y confianza á su señor. Viendo en él á un conciudadano desterrado como lo estaba él mismo, perseguido tal vez por su causa, Pusterla creyó que debía recibirlo con los brazos abiertos, y ofrecerle alojamiento en su casa. Y luego se puso á hablar de los objetos mas interesantes para un desterrado: la patria y la familia.

El traidor tenía muy buena posición. Mezclando fácilmente lo cierto con lo falso, Ramengo supo no solo alejar toda sospecha del alma del lombardo, sino ganar además su confianza. Con un ardor tanto mas grande cuanto mas reprimido había estado, falta de poderlo comunicar, Francesco expuso al recién venido todas sus decepciones á causa del tratado hecho entre el Santo Padre y Luchino, y las sospechas que había concebido de que los embajadores de este príncipe habían maquinado el prenderlo con violencia y llevarlo á Milan, sospecha, á decir verdad, fundada en muchos ejemplos de semejante deslealtad.

Nuestros lectores deben recordar que Ramengo había enseñado á los refugiados de Pisa ciertas cartas de Martino della Scala, que se decía encargado de poner en manos de Pusterla. Esta era otra de sus tramas.

Sabiendo que Francesco gozaba del favor de Scalligero, y de qué modo había sido excitado á la venganza, mientras estaba en Verona, de acuerdo con Luchino fingió una carta en la que anunciaba Martino que iba á verificarse un rompimiento, que había preparado, entre él y Luchino. Invitaba á Pusterla á presentarse en su corte prometiéndole una pensión y una autoridad digna de un hombre de tanto mérito y tan popular, que atrajese bajo su bandera á todos los que quisieran restituir la libertad á su patria.

Golpe magistral era aquel, asestado á una alma inquieta y ambiciosa como la de Pusterla. Ramengo le representó el estado de la Italia y todo lo que había podido averiguar de los proyectos de los desterrados durante su estancia en Pisa. Refirió como se había abocado con estos, y que venía de su parte á pedirle que se compadeciese del estado de su patria, que renunciase á su apatía, que recordara como había escalado el poder Mateo Visconti al cabo de nueve años, porque los Potriani habían sido peores que él.

Mientras vacilaba entre la venganza, la ternura y los

consejos de su tío y de Buonvicino; unas veces resuelto á arrostrarlo todo por salir de aquella calma homicida; otras codiciando el vivir en paz, en un reposo que le pesaba mucho.

— ¿Porqué no recurrís á Pommáso Pezzano? le dijo Ramengo.

Pezzano era un astrólogo famoso en Aviñon, y en aquellos tiempos, y aun en los actuales, era este un excelente recurso para los que con ánimo débil é indeciso sustituyen á los cálculos de la prudencia las profecías de un impostor.

El consejo le pareció bien á Pusterla.

El astrólogo, después de haber hecho alarde de su ciencia, después de haber estudiado muchos días el cielo y de haber observado la mano de Pusterla, formado el horóscopo y descubierto el *ascendiente*, le anunció que su vida corría mucho peligro, y que alguno tenía intención bajo falsas y graciosas apariencias de entregarlo á sus enemigos.

No necesitó mas Pusterla para persuadirse de que la corte pontificia quería entregarlo como víctima á Visconti, reconciliado con ella. Hizo, pues, sus preparativos de partida.

Su tío le hizo varias observaciones, y con las lágrimas en los ojos le rogaba que oyera los consejos de la sabiduría divina, que califica de locos á los que gastan su fortuna para intentar derribar á los poderosos, asegurándole que no tenía por qué temer tan negra traición por parte de los sacerdotes de un Dios de justicia.

Pusterla, no obstante, se afirmaba mas en su proyecto de volver á Italia.

— ¿Qué mal puede acontecerme? decía él. No me entrego á mi perseguidor, no confío ciegamente en su indulgencia, ni en una falaz generosidad. No: volveré á ver la Italia. — ¡Italia! ¡Quién puede pronunciar tu nombre sin añadir: bella é infortunada Italia! Me acercaré á mis amigos y á Margarita, desde allí podré apreciar la situación de mi patria, y mejor que en Aviñon, tierra de curas, encontraré un asilo seguro y honroso en Pisa: ¡Pisa libre, soberana de los mares y enemiga de los Visconti!

XVII.

EL SOLDADO.

Macaruffo, tendido en el suelo, devoraba un pedazo de pan y un tajazo de cerdo, ahogándolos con buenos tragos de vino.

Era de noche. Un profundo silencio reinaba en la prisión. Una lámpara con incierta luz lo iluminaba por un lado, y reflejaba sus débiles rayos en las llaves que le pendían de la cintura. Oíanse los pasos monotonos del centinela que se paseaba en el corredor. Este soldado se paró junto al carcelero y le dirigió la palabra en estos términos:

— Compadre, tu cena es frugal.

— Pan del día y vino del año, respondió el otro. — Siempre es así. Y luego añadió:

— Si no hubiera sido...

— ¿Porqué no dejas el oficio, si tanto te pesa? repuso el soldado.

— ¿Dejar el oficio? risa me da el oírlo, aunque no tengo gana de reír. ¿Cómo podría mantener á mi mujer y á mis hijos?

— ¿Y si encontraras otro modo de vivir, lo aceptarías?

— ¡De buena gana! ¡con toda mi alma! No sé que no tomaría por soltar estas llaves, con tal que no fuera trabajo manual. Me gustaría el pasearme todo el día, como tú.

— Pero y si tu oficio te ofrecía buena ganancia, ¿qué harías?

— ¿Ganancia? repitió Macaruffo con ansiedad, ¿ganar dinero?

— Por ejemplo, ganarse una cincuenta de buenos florines.

— Sí, sí. Toma mi jarro, camarada. Te se comienza á ir la cabeza y quiero que te aclispes del todo.

— No pierdo la cabeza y hablo con la mayor formalidad.

Y sacó del bolsillo un saquito que contenía una suma considerable de oro.

— ¿Cómo, tú, simple soldado, has recibido tanta gracia de Dios! ¡Oh, qué buen oficio es el de la guerra! ¡el que mas roba es el mas valiente!

— Estos florines, dijo el centinela irritado, no son robados, sino muy bien adquiridos. Y... ¿si fueran tuyos?

— Si fueran míos, respondía el otro estupefacto, si fueran míos, preguntaría si Bérghamo estaba de venta.

— Tuyo pueden ser antes de mañana, y sin que te cueste trabajo.

— ¿Te chaceas? ¿Pero qué es necesario hacer para ganarlos? Habla pronto.

— Ninguna otra cosa, respondió el soldado bajando la voz, sino quitar un cerrojo y dejar salir á dos pájaros de la jaula.

— ¡Silencio! dijo el carcelero poniendo la mano en la boca del centinela, y con tono serio y profundo dijo:

— ¿Cómo! ¿dos presos? ¡Buen Dios! Bien sé, camarada, que te burlas de mí.

Callóse: luego con voz que revelaba mas tristeza que cólera:

— ¿Te parece poco dejar salir dos prisioneros?... Mañana los buscan... volaron. ¡Eh! Lassagnone, ¿qué significa esto?

— Ilustrísimo señor, no lo sé en verdad, nada sé, lo digo con toda mi alma. Y él: «Fuera la camisa. Que le echen la cuerda al cuello y que lo lleven al suplicio.»

Y habré dado que reír al diablo. El dinero me gusta ¡pero que me cuelguen!

— Ciertamente, pero me parecía que con cincuenta hermanitos como estos en tu bolsa, se puede tener mejor oficio que el que ejerces ahora. ¡Reflexiónalo! en cuatro horas te hallarás en la frontera. Atraviesas el Adda, y héte en tu casa, en las montañas donde llamaré valientes á los que vayan á buscarte. Vuelves á ver tu mujer y tus hijos; levantas tu casa y te haces rico.

— ¿Pero qué prisioneros son esos? dijo Macaruffo haciendo un esfuerzo visible.

— Eso es; bueno, bueno, para que tú los denuncies.

— ¿Cómo! ¿yo un espía? no, por doble no lo sería. Habla, ¿quiénes son?

— Ese señor y esa dama, dijo el soldado señalando los calabozos en que estaban encerrados Margarita y Pusterla.

— ¡Cáspita! pájaros gordos.

— Gordos ó flacos, ¿qué te importa?

— Me conviene, dijo Macaruffo, pero ¡por el honor! el dinero no es lo que me decide. A propósito, ¿no tiene el señor un niño consigo?

— Sí, su hijo, el hijo de ambos prisioneros.

— ¿Pero cómo van á dejarlo encerrado en la cárcel?

— No, no, se lo llevarán.

— Pero tú no me habías hablado mas que de dos personas.

— Lo otro se sobreentendía. Eso iba como de regalo, de propina.

— ¿Qué hablas de regalo, de propina? ¡Tres personas por cincuenta florines de oro! ¡Tú no eres razonable, y no hablemos mas si no te corriges y te arreglas.

El soldado le mostró un diamante que tenía en el dedo, y entregándole los florines de oro, le prometió este diamante para cuando los tres presos habrían salido de su calabozo. Concluido el ajuste de este modo, Macaruffo, lleno de júbilo, se puso á contar sus florines de oro. Este soldado era Alpinolo.

Nuestros lectores recuerdan que lo hemos dejado en aquella funesta noche del 20 de junio de 1340 en el camino de Brera, en donde entregó el joven hijo de Pusterla á Buonvicino. Seguro de ser inscrito en las listas de proscripción, desesperado con la imprudencia que haciendo partícipe á Ramengo del secreto de una conspiración imaginaria, había dado lugar á que prendieran y trataran como á rebeldes á los que eran simplemente malcontentos, comenzó á huir por donde el caballo quiso llevarlo, mas bien movido por un misterioso instinto de conservación que por un acto bien deliberado de su voluntad.

Cuando Alpinolo llegó poco después á disipar las nieblas que oscurecían su imaginación, cuando pudo examinar claramente su estado, enojado con su suerte, disgustado de la vida, resuelto á poner fin á las angustias de sus remordimientos, volvió bruscamente su caballo, y tomó á galope el camino de Milan.

Estaba ya á poca distancia de la ciudad, cuando encontró una partida de proscritos, entre los cuales conocía los principales miembros, y ellos le hicieron cambiar de dirección, combatieron su propósito y se lo llevaron consigo. Permaneció algún tiempo con sus hermanos de infortunio; pero las maldiciones que echaban al autor desconocido de la persecución que había caído sobre ellos, el pensamiento doloroso que atormentaba incesantemente á Alpinolo, de que él mismo era el autor de tantos males, hizo para él insoportable su compañía, y sin escuchar mas voz que la de su desesperación, los abandonó de repente.

Dirigióse á la cabaña de los molineros que lo habían cuidado durante su infancia.

Ya se ha visto por la relación que hizo Maso á Ramengo cómo llegó allí, y cómo había dejado al partir su caballo, su dinero y las cartas de su madre: pero aquellas buenas gentes no habían penetrado, cuando se fué, los funebres pensamientos que lo agitaban. Cansado de esta vida y de los hombres, resolvió acabar con su existencia. Después de haber mirado por la última vez la casita de los molineros, que apercibía aun en lontananza, se arrojó al río, y las olas lo envolvieron; pero llegado al fondo del agua, por efecto natural de su peso, aumentado por la rapidez de su caída, un movimiento de reacción lo sacó instantáneamente á la superficie, en tanto que la corriente se lo llevaba. En aquel momento se despertó en él el instinto animal: casi sin saberlo, sin que se diera cuenta cabal de lo que hacia, sus manos se extendieron para cortar las ondas, y como era un excelente nadador, logró muy pronto abordar la orilla, en donde, rendido de fatiga, cayó en un letargo parecido al sueño.

Cuando volvió en sí, se arrepintió de su tentativa de suicidio.

— Yo debo vivir, dijo; viviré para tormento mio y para castigar al infame traidor.

Apenas hubo secado sus vestidos al sol, desprovisto de todo, se puso á servir para ganar la vida. Llegó trabajando hasta Pisa; allí encontró á todos sus antiguos amigos de Milan, y volvió con ellos á la vida de proscripción, tan llena de esperanzas, de proyectos, de exageraciones, que se convierten por lo regular en humo.

Un día que trataban de los medios que podrían permitirles el recobrar pronto su patria, uno de los mas ardientes emitió la idea de atentar contra la vida de Luchino. Exaltado por los discursos que había oído, arrastrado además por su propio aborrecimiento, Alpinolo se encargó de la ejecución de este crimen.

Una unánime aclamación lo confirmó en su propósito.

(Se continuará.)

LOS TOROS DEL PUERTO

CANCION ANDALUZA CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

POR D. FRANCISCO SALAS.

Tempo de boleras.

CHANT.

PIANO.

Que vi-van los cuer-pos gue-nos Que

vi - va la gen - te cru - a. A - vi chu - cho A tra - ca - me e - se fa - lu - cho, A

- tra - ca - me e - se fa - lu - cho Quien se vie - ne, Quien se mu - a a - qui ten - go el eie - lo a - bier - to.

1ª vez. 2ª vez.

Que se lar-ga mi fa - lu - a quien se em-bar-ca pa - ra el puer - to. puer - to

De Bo - li - na ca - ba - ye - ros vien - to fres - co Ya los to - ros Ca - ba - ye - ros de Bo -

- li - na Vien - to fres - co y a los to - ros Glo - ria mi - a mas dul - ce que la ro - pi - a.

1ª Vez.

Va - mo - nos a ma - tar mo - ros Aun - que sea en un de - sier - to as - - - ta Que ca - yen los lo - ros.

2ª Vez.

Lo - ros quien se em - bar - ca ; Quien! quien se em - bar - ca ; Quien! quien se em - bar - ca pa - - - ra el puer - to

Quien se em-

- bar - ca quien se - me - te ¡Vira y Jala! Pe - ri qui - yo quien se em - bar - ca Quien se - me - te ¡Vira y

Jala! Pe - ri - qui - yo ze - ño - ri - ta. Le - ban - te os - te la pa - ti - ta Y sar - te oste à e - se bar -

qui - yo. No - se le ponga os - te tuer - to el — Mor - de de e - se mo - ri - yo. ri - yo. Quien se em -

1ª Vez. 2ª Vez.

- bar - ca ; Quien ! quien se em - bar - ca ; Quien ! quien se em - bar - - - ca pa - ra el puer - to.

*Procédés de Tantenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe.

Blanca.

NOVELA RUSA.

Volvia yo de Tifis con caballos de alquiler en un carricoche cargado únicamente con una maleta medio llena de notas que habia tomado durante mi viaje por Georgia. Por fortuna para el lector, he perdido la mitad de esas notas, pero afortunadamente para mí he salvado algunas.

El sol principiaba á esconderse por detrás de unas altas cúspides cubiertas de nieve, cuando llegamos al valle de Kvichaur. Mi cochero, que era osseta, cantaba á voz en grito, y daba fuertes latigazos á sus caballos para llegar á la montaña ántes de la noche. El valle era soberbio; por todos lados se veian montañas inaccesibles, rocas quemadas por el sol y coronadas de ver-

dura, profundos barrancos; en todos los picos blancos ribetes de nieve; por último, en el fondo de una garganta oscura corria el Aragra confundido con otro rio, y brillaba á lo léjos como una cinta plateada.

Nos paramos á la falda de la montaña de Kvichaur. Al rededor de la casa de postas habia unos veinte georgianos y montañeses que se habian detenido allí á pasar la noche y que metian mucho ruido. Como se acercaba el otoño, y habia ya muchos hielos por la montaña, que tiene dos verstes de largo, me ví precisado á alquilar seis bueyes y algunos ossetas; uno de ellos llevaba mi maleta y los otros acompañaban con sus gritos á los bueyes.

Detrás de mí venia otro carro, que parecia muy cargado, tirado por cuatro bueyes; su dueño iba detrás fumando en una pequeña pipa guarnecida de plata; llevaba una levita de oficial sin charreteras, y un gorro

de circasiano; parecia tener cincuenta años, y su rostro curtido probaba que habia sufrido durante mucho tiempo el sol del Cáucaso. Sus bigotes blancos no correspondian con su paso firme y su aire vigoroso. Me acerqué á él y le saludé; él respondió á mi saludo en silencio y me lanzó una bocanada de humo.

— Segun parece llevamos el mismo camino.

Por toda respuesta me saludó de nuevo.

— ¿Vais sin duda á Stravropol?

— Sí, señor... con efectos del tesoro...

— Decidme ¿cómo es que cuatro bueyes llevan con tanta facilidad vuestro pesado carro, cuando los seis que yo llevo, ayudados por los ossetas, apenas logran mover el mio que va de vacío enteramente?

Me miró y me dijo con una sonrisa:

— ¿Apuesto á que no hace mucho tiempo que estais en el Cáucaso?

— Hace solo un año, le respondi.
Mi hombre se sonrió de nuevo, y me dijo:
— Estos asiáticos son unos tunantes; ¿creéis que os ayudan por que gritan? ¿Y quién demonios comprende lo que dicen? Son, como os digo, unos bribones, y no se puede nada contra ellos... Pobres de los viajeros que caen en su poder... Ya veréis como os piden otra propina; yo los conozco, y lo que es de mí no tendrán nada.

— ¿Servís desde hace mucho en este país?
— He servido bajo las órdenes de Alejo Petrovitch Ermataf, respondió levantando la cabeza. Era yo subteniente cuando tomó el mando de la línea, y con él ascendí dos grados peleando contra los montañeses.

— ¿Y ahora?...
— Ahora estoy en el tercer batallón de línea... ¿Y quién sois vos, si puedo preguntároslo?

Se lo dije, y continuamos nuestro camino andando en silencio el uno junto al otro. Al llegar á lo alto de la montaña nos encontramos ya con la nieve. A poco rato se puso el sol y llegó la noche sin crepúsculo, como sucede en el Mediodía; gracias al reflejo de la nieve pudimos distinguir nuestro camino que continuaba subiendo la montaña. Mandé poner mi maleta en el carro, reemplacé los bueyes con caballos, y lancé la última mirada al valle, pero una niebla espesa que salía por todas las gargantas le cubría completamente; ningún ruido llegaba hasta nosotros. En breve los ossetas me rodearon pidiéndome para beber, pero el capitán elevó una voz tan amenazadora, que echaron á correr todos asustados.

— ¡Qué pueblo! dijo el capitán, no saben decir pan en ruso, pero han aprendido á decir: « Señor oficial, dadme para beber. » A mi juicio, los tártaros son preferibles porque no beben.

Una legua nos quedaba que andar para llegar á la próxima casa de postas. En torno nuestro todo se hallaba tan tranquilo, que se habria podido oír el ruido de una mosca. Una garganta profunda se extendía hácia la izquierda, y por delante y por detrás se dibujaban, sobre un cielo pálido que conservaba aun los últimos fulgores de la tarde, montañas de un azul oscuro cubiertas de nieve. Las estrellas principiaban á brillar en el cielo, y me parecían mas elevadas sobre el horizonte que en el Norte; por ambos lados del camino se veían rocas negras y peladas con algunas zarzas raquíticas medio cubiertas de nieve. En medio de aquel silencio de muerte de la naturaleza no se oía mas que la respiración de mis tres caballos y los sonidos desiguales de la campanilla rusa.

— Buen día hará mañana, dije yo.

El capitán no respondió, pero me señaló con el dedo una alta montaña que se alzaba precisamente en frente de nosotros.

— ¿Qué queréis decir?
— Es la montaña de Gut.
— ¿Tiene algo de particular?
— Ya veis como echa humo.

En efecto, la montaña que me habia mostrado el capitán humeaba; ligeras nubes se deslizaban por sus cuestas, y en su cúspide habia una nube tan negra, que parecia una mancha en la oscuridad del cielo.

Ya distinguíamos la casa de postas y los tejados de las chozas que la rodeaban; ya brillaban las hogueras hospitalarias, cuando principié á soplar un viento húmedo y frío: caía una lluvia menuda y penetrante que en cuanto me embocé bien en mi capa se cambió en nieve; entonces miré al capitán con respeto.

— Tendrémos que dormir allí, dijo con mal humor; nose puede atravesar la montaña con el tiempo que hace. Y dirigiéndose al cochero, le preguntó:

— Hay témpanos de nieve sobre la montaña de la Cruz?
— No, señor, respondió el cochero, pero no tardará en haberlos.

Como en la casa de postas en que nos hallabamos no habia cuartos para los viajeros, nos albergamos como pudimos en una choza. Yo convidé á mi compañero á tomar un vaso de té; llevaba conmigo una tetera de hierro, mi único consuelo en mis viajes por el Cáucaso.

Por un lado nuestra choza tocaba á la peña; la puerta tenia tres escalones húmedos y resbaladizos. Yo entré á tientas y tropecé con una roca. Los montañeses hacen de la cuadra una antesala. No sabia por donde ir; aquí balaban las ovejas, mas allá ladraba un perro; por fortuna descubrí una abertura que podia pasar por una puerta, entré y mis ojos contemplaron un espectáculo que no habia visto nunca.

La cabaña era bastante grande y habia en ella mucha gente; en medio se veía en el suelo una hoguera en cuyo derredor estaban sentadas dos viejas, una multitud de chiquillos y un georgiano escuálido. El humo, que el viento rechazaba al interior, oscurecía la escena é impedía que se vieran desde luego todos sus pormenores.

Nos acercamos á la lumbre, encendimos nuestras pipas, y bien luego el agua hervía en la tetera.

— Pobre gente, dije al capitán señalando á los habitantes de la cabaña que nos miraban en silencio y con aire de asombro.

— Gente necia, me respondió, gente que nada sabe y que es incapaz de aprender la menor cosa. Nuestros kabardinienses y nuestros tchetchernienses, que no son mas que tribus de ladrones y que viven desnudos, á lo menos se baten como lobos, pero estos no tienen la menor afición á las armas; son verdaderos ossetas (osset en ruso significa asno).

(Se continuará.)

Los fuegos de Holy-Head.

(Conclusion.)

La vispera del 15 de junio, el baronet se habia embriagado como Falstaff so pretexto de representar una escena de Mefistófeles, y por eso tomaba el fresco sobre cubierta para disipar los humos de la noche anterior.

Dos incidentes vinieron á interrumpir su meditación.

Un bote que navegaba al horizonte, y una rata que acababa de asomarse por la escotilla.

Snowball, Yeoman y Selkirk se lanzaron como un torbellino por la escalera, dando endiablada caza al mísero animalejo.

James siguió su trailla al fondo de la bodega, y descolgó una linterna para alumbrar aquella escena de muerte.

Muerta la rata, James la tomó con la mayor delicadeza por el rabo, no con la mano, sino con unas pinzas, y subió impasible sobre cubierta para arrojarla al mar.

Un grito de sorpresa se escapó de su pecho.

Sir Jorge Peeble, su hermana la hermosa María y un caballero desconocido estaban apoyados sobre la borda de estribor.

James abrió unos ojazos redondos y fijos como los de una lechuza.

— ¡Hola, buen hombre! gritó Jorge sin moverse; haced el favor de ayudarnos á izar nuestras provisiones á bordo; nuestro bote está amarrado á popa.

II.

James se quedó inmóvil y silencioso.

— Contestad á mi hermano, buen hombre, dijo al punto la bella niña acercándose sin timidez al baronet, pero haciéndose atrás de repente á la vista de los despojos mortales de *roe-pan* que James tenia siempre en sus pinzas.

El jóven señor se puso mas encarnado que un pimiento, y girando sobre los talones arrojó rata y pinzas por encima de la obra muerta. Era imposible imaginarse una situación mas ridícula para un enamorado.

Sin embargo, una esperanza, aunque débil, dilató por segunda vez su pecho oprimido. Tal vez sus amigos no lo habian conocido.

Calándose el *sorwy* hasta los ojos ahuecó la voz para decir:

— Está prohibido por las ordenanzas del almirantazgo subir á bordo. Volveos al bote é idos pronto; ¡pronto, digo!

— Todo eso es muy justo, pero muy imposible, contestó sir Jorge, acercándosele.

— ¿Y por qué? preguntó James con su voz de contrabajo.

— Porque la mar se pone mala y tenemos viento de proa para entrar en puerto, y porque tambien se nos ha roto el timon.

James olvidando su papel levantó la cara para cerciorarse de lo que se le decia.

— ¡James Turner! exclamaron á una los tres visitantes; y sir Jorge le dió un rudo apretón de manos á su ex-vecino.

— ¿Pero qué haceis aquí, amigo mio? dijo, dando una vuelta al rededor del baronet, ¡y con este traje de lapon!

— Yo, contestó James tartamudeando, yo... pasaba... es decir, yo vine... es decir, que aquí estoy por... pescar un poco. Ya sabeis; me vuelve loco la pesca. El pescado aquí es abundante.

— ¡Vaya! dijo miss María riéndose.

— ¿No me hablábais de trasbordar provisiones? prosiguió el baronet para volver á su aplomo y concluir con las preguntas.

— Si por cierto, como que no hemos almorzado; ¡pero qué atolondrado soy! Me habia olvidado de presentaros á vuestro amigo Eduardo Hogson, que ha tenido la bondad de acompañarnos en esta excursión.

James se puso un poco pálido y cambió con el *gentleman* un saludo glacial.

— Venid, Jorge, dijo James dirigiéndose á la escalera exterior del ponton: os ayudaré á reparar la avería que ha sufrido vuestro bote.

— Os lo agradecerémos, dijo Jorge inclinándose por encima de la borda para mirar su bote.

— ¡Gran Dios! exclamó levantando las manos al cielo.

— ¿Qué ha sucedido? preguntaron á la vez los demás.

— ¿Qué no tenemos bote!

— ¿Qué no teneis bote! replicó el baronet inclinándose á su vez sobre la obra muerta.

— Se rompería la cuerda y el mar se lo llevó, dijo sir Jorge con desaliento.

— Sí... miradlo... ¿no lo veis? ¡allá, por estribor! exclamó James sacando el antejo de su bolsillo.

— ¡Él es! ¡él es, voto al chapiro!

— ¡Él es, como hay un Dios! afirmó á su vez sir Eduardo.

— Y ahora ¿qué harémos, Dios mio? preguntó la jóven echando una mirada de espanto en torno suyo.

— Pregúntale á nuestro amigo Turner, mi pobre María: él es ahora dueño absoluto de nuestros destinos... Hablad, James, hablad.

— El baronet reflexionó un momento.

— Permitidme ántes una pregunta, Jorge.

— Hablad.

— ¿Teneis siempre buen apetito?

— Cierto que sí.

— ¿Y sir Eduardo es tan buena muela como vos?

— Y algo mas... contestó modestamente M. Peeble.

— Entonces, prosiguió James con gravedad, contando con los dedos, uno... dos... y tres dias hemos de pasar en este real ponton *Medusa*.

— James, os intimo que os expliqueis, dijo sir Jorge con imperio.

— Con mucho gusto. Yo habito solo este ponton y como muy poco; ya lo sabeis...

— ¿Qué mas? ¿qué mas?

— Un bote de Holy Head me trae mis cortas provisiones cada ocho dias. Por lo comun solo consumo la mitad de ellas para probar al almirantazgo que soy un hombre económico y sobrio. Hoy estamos á 15; ayer recibí mis víveres, que os ofrezco de buena voluntad; pero debo de advertiros que hasta el 21 no espero ningunos mas. Procediendo con una reserva extremada y una frugalidad excesiva puede ser que aun tengamos siquiera un soplo de vida cuando vuelva el bote.

— Os ruego creais, señorita, que no estais comprendida en este negocio de familia, pues cuento con que os he de hacer como se debe los honores de mi casa, y que no os faltará nada, de manera que si caemos ántes del término fatal, vos nos sobreviviréis para contar á las naciones horrorizadas el fin lúgubre de tres *gentlemen* muertos de hambre en el ponton de Holy Head.

— ¡Pero eso es un horror! exclamó sir Jorge dando una patada furiosa.

— ¿No me dijisteis, señorita, que almorzariais de buena gana? continuó el baronet ofreciendo su brazo á miss María. Pues permitidme que os conduzca á mi comedor.

Despues de haber hecho visitar á sus huéspedes les camarotes que les destinaba, James puso la mesa para almorzar.

Sir Jorge y Eduardo contaron sus bocados y sus tragos de Oporto; el baronet devoró medio pastel, un pollo frío y media caja de sardinas, y se bebió tres botellas de *Bordeaux-Laffitte*, quejándose de que no tenia apetito.

Despues del almuerzo subieron todos sobre cubierta para digerir y tomar fresco. Al tercer paseo el honorable sir Eduardo Hogson principié á ponerse verde, á dar trapiques como un hombre ebrio, y su pobre corazón osciló como una campana dentro del pecho, síntomas inequívocos de un fuerte mareo.

Una sonrisa de triunfo se pintó en los labios del baronet, que suplicó á sir Jorge ayudase á bajar á su futuro cuñado y lo acostase en su camarote.

James y María se quedaron sobre cubierta.

— Señorita, dijo con emoción el noble baronet, fijando en la jóven una mirada *parlante* de amor, no he dicho la verdad á vuestro hermano.

— ¿Cómo así, milord?

— No tengo mas que hacer una señal, y al punto vendrá de tierra un bote á recibir mis órdenes.

— ¿Y entonces á qué ¡detenernos aquí?

— Yo os lo diré, miss María, pero con la confianza de que habeis de ser tan franca como yo.

— Os lo prometo, sir James.

— Pues bien, miss María; os amo y he venido á sepultarme en vida; porque el pensamiento de que seriais de otro me ha enloquecido.

— Me amais, sir James, dijo María sonrojándose; ¿y desde cuándo?

— Hace dos años.

— ¿Y porqué no pedisteis mi mano á mi hermano?

— ¡Ay! llegué tarde.

Un suspiro espiró en los labios de la linda niña.

— Me habeis prometido contestarme con franqueza, prosiguió sir James haciendo un esfuerzo. ¿Amais á sir Eduardo Hogson?

— No mucho, contestó la jóven en voz baja y mirando la cubierta.

— ¿Quién os obliga entonces á casaros?

— Nadie... Mi hermano desea este enlace, y yo obedezco.

— Y si me decidiese yo á romperlo... si le pidiera vuestra mano...

— Le obedecería tambien, quizá con mas gusto.

— ¡Oh! miss María, ¡seréis mi esposa! exclamó James estampando un beso en la mano trémula de la jóven. Seréis mi esposa, yo os lo juro.

Aquella misma tarde hizo el baronet su pedimento á sir Jorge paseándose sobre cubierta.

— Me duele en el alma, le contestó su vecino, pero sir Eduardo tiene cacerías magnificas en Cumberland, y además todo está arreglado y convenido ya.

— Basta, replicó sir James con aire sombrío. Dos dias trascurrieron sin que ocurriese á bordo incidente notable. Sir Eduardo no habia salido de su camarote y estaba á dieta rígida.

A pesar de eso los víveres disminuian de una manera alarmante, porque el baronet no comia, sino devoraba.

Al quinto dia, despues de mucho tiempo de haber dado la una en el cronómetro del timon, aun no habia salido Turner de su camarote.

— ¡James, James, levantaos, vive Dios! le gritó sir Jorge por la boca de la escotilla ¡Por todos los santos, que es hora de almorzar. Mi hermana y yo nos estamos muriendo de hambre; subid pronto.

— ¿Quién habla de almuerzo? dijo friamente James apareciendo por la boca de la escotilla.

— Yo, mi buen amigo, exclamó sir Jorge con desesperación, yo, que ya me desmayo.

— Lo siento en el alma, mi pobre Jorge; pero es fuerza que renunciéis á esa esperanza. Todavía nos quedaban víveres para un dia; pero se me olvidó cer-

rar la despensa, y mis perros han devorado cuanto quedaba.

— ¡Misericordia! ¡pero el hambre, el hambre horrible!

— Como en la torre de Ugolino, añadió el baronet con gravedad.

— ¡Ah, desgraciados de nosotros!

— Vamos, amigo; calma, y tomemos un partido; sometámonos á la necesidad.

— No, no, es imposible; debe quedar algun recurso.

— ¿Para qué?

— Para vivir, ¡cuerpo de Cristo!

— ¡Hum, hum!

— James, hay uno; tú lo conoces, mi querido amigo.

— Cierto, hay uno, pero no quiero emplearlo.

— ¿Porqué, desgraciado?

— Porque prefiero morir de hambre á ver sacrificada miss María. Retirad vuestra promesa á sir Eduardo, y á una señal mia reinará aquí la abundancia.

— Eso es egoísmo... no, no cederé.

— Ni yo tampoco.

— Moriré, pues que es preciso.

— Es preciso, repitió en tono lúgubre sir James.

— Y yo tambien... hermano, hermano mio, tengo hambre. ¡Ten piedad de tu pobre hermana!

— ¿Y te atreverás á casarte con ese tigre?

— Sí, porque lo amo, murmuró miss María por lo bajo.

— Entónces es otra cosa. Vuestra mano, James... Sois mi hermano.

— ¿Hablais formalmente?

— Os doy mi palabra de honor, pero... con tal que almorcemos.

James brincó hácia la proa del barco y quitó un pedazo de plomo que cubria el oido de un cañon de hierro.

— Tapaos los oidos, miss María, dijo tomando el cordón del gatillo.

— ¡Fuego! mandó Jorge.

La explosion hizo estremecer al ponton sobre sus anclas.

— ¡Hola! ¡eh! ¿qué es eso? preguntó sir Eduardo Hogson asomando la cabeza por la escotilla.

— Nada... sir Eduardo... Pido el almuerzo de mis esponsales.

El mes de Octubre.

Harta está ya mi péñola
Del estupendo análisis
Que en este asunto insípido
Hace un mes y otro mes.

Asunto cuyo intríngulis
Consiste en que ni Figaro,
Ni Juvenal, ni Góngora
Le dieran interés.

Confieso, caro público,
Que tuve cuando, estólido,
Pensé en estos artículos
Muy mala tentacion.
El mas humano prójimo
Dirá que rayo en frívolo,
Y... lo que aflige mi ánimo,
Tendrá mucha razon.

En vano yo, benévolo,
Dirijo al Pindo súplicas.
Los inspirados númenes
Me miran con desden.
Y peço al fin de lánguido,
Por mas que en estas pláticas;
De frases y retruécanos
Apuro el almacén.

Sobre el asunto pícaro,
La forma de hoy es pésima,
Y porque os tengo lástima
Cambio de metro, pues.

Que os he de herir el tímpano,
Y he de perder la brújula,
Si hacer quiero en esdrújulos
La tanda de este mes.

Voy á entrar en el romance,
Que será un descanso, al fin,
Para mis caros lectores
O á lo ménos para mí.

Pues diré, sin que del ripio
Caiga en la emboscada vil,
Mal ó bien, poco que mucho,
Lo que tengo que decir.

Ya salimos del verano,
Tiempo bizarro y gentil,
Aunque hace perder á veces
La paciencia á un serafín.

Pero ¿será por ventura
La suerte ménos hostil?
¿Hemos dejado por eso
De sudar y de sufrir?

Mucho temo por los hijos
De aquel mortal infeliz
Que quiso ser nuestro padre,
Siendo padre de Cain.

Ya de un verano salimos
Que nos iba á derritir
Para entrar en el verano
Que llaman de San Martín.

Y si este es mejor que el otro,
No seré yo, por San Gil,
De aquellos que se levantan
Para responder que sí;

Aunque tiene este verano,
Para brillar ó lucir,
Algunas dotes, sin duda,
Que no son grano de anís.

Díganme ustedes ahora
Cual será mas incivil,
Si el verano que se acerca
O el que acaba de salir.

El pasado con usura
Dió pan, matando el esplin,
Y siendo de nuestro llanto
Paño, pañuelo ó mandil;

Miéntas este rencoroso
Parece que va á abolir
El mas preciso aliciente
De toda fiesta ó festín.

Pero no paran en esto
Las calamidades mil
Que nos prepara el que llaman
Verano de San Martín.

No basta ya el escándalo
De ver que el hado rígido
Secando el rico vástago
Nos seca el paladar.
Es necesario ¡oh Júpiter!
Que de una peste horripanda
Vengan los miasmas fétidos
El aire á envenenar.

Y con aspecto fúnebre,
Saúdo y epidémico,
Anda llenando el cólera
La Europa de pavor;
Pues á millares víctimas,
De Petersburgo á Cáceres,
Y de Paris al Cáucaso,
Va haciendo aterrador.

Ya sabéis, caros lectores,
La suerte menguada y ruín
Que inspira por hoy mi musa
Poco inclinada á mentir.

Temblando están los magnates
Como cualquier zascandil
De la sed y de la peste
Viendo el estrago cundir.

¿Y habrá quien quiera imprudente
Despojarme del clarín
Con que la señal de alarma
Doy al mundo desde aquí?

Nadie de Octubre se fie
Por mas que sepa sutil
Alguna vez engañarnos
Con algun rasgo feliz.

Que aunque adornado le pintan
Con el vaso y con la vid,
Es el escorpión su signo
Y esto es cuanto hay que decir.

J. M. VILLEGAS.



En este tiempo, ¡oh júbilo!
Todos los años, pródigo,
Nos da su fruto el pámpano
Que alegra al bebedor.
Y miéntas sendos cántaros
Se acopian del gran líquido,
Nos vemos libres ¡cáspita!
Del frío y del calor.

Mas este año estrambótico,
De la fatal canícula
Sentimos aun el látigo,
Que miedo causa, á fe.
Y la cosecha es pésima
Por un gusano pértido
Que va royendo impávido
La planta de Noé.